

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.



22



Ediciones Turas Mór



Terror
Fantasia
Ciencia Ficción



La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>Una cierta forma de justicia</i> (JOSÉ L. CARRASCO)	4
<i>Francisco</i> (ELIANA DOMÍNGUEZ)	14
<i>La Saga del Universo perdido</i> (M ^a DEL PILAR JORGE)	17
<i>La quinta columna</i> (SANTIAGO OVIEDO)	23
<i>Una confesión estimulante</i> (CARLOS SUCHOŁOWSKI)	25
<i>Fuga de capital</i> (YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET)	28
<i>Rufina</i> (JOSÉ C. CANALDA)	32
<i>Tecnofobia</i> (FEDERICO SCHAFFLER)	46
<i>Liderazgo</i> (ADRIÁN N. ESCUDERO)	49
<i>La estatua</i> (CARLOS RANGEL SANTOS)	52
<i>Buenas noches, amor</i> (CARLOS MORALES)	58

NM

www.revistanm.com.ar
<http://sites.google.com/site/revistanm>
 directormn@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

Dirección y grafismo:
SANTIAGO OVIEDO

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
 dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
 la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para e-ditores.

Safe Creative ID: 1109250132864

Se agradece por haber tomado parte en este número a: EDUARDO CARLETTI,
 BETO MANSILLA y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Cthulhu"
 (ESTEBAN "CHINO" DECKER —<http://studioquimera.blogspot.com/>—)

ÍTEM 5 – CONCLUSIONES

La Intención General 11 es bien clara: la idea es conseguir de los pocos machos fértiles todo el esperma posible, de la mejor calidad posible, durante todo el tiempo posible. Nos parece de pésimo gusto, entonces, intentar refugiarse en la IG11 para justificar la desaparición de uno de los mejores proveedores.

Somos, según el último censo, algo más de ciento trece millones las mujeres reproductivas en el mundo. Vosotras habéis matado a uno de nuestros maridos, al padre de nuestros hijos. Lo pagaréis, malditas arpías. Todas vosotras.

© CARLOS MORALES, 2011.

CARLOS MORALES

(Argentina —Merlo, Buenos Aires, 1961—)

Escritor y traductor aficionado a la CF "dura", en **NM** publicó "El huésped" (# 5), "Contacto material" (# 13) y "El honor que se merece" (# 18), con el que en 2010 obtuvo una mención en el I Concurso "Ciencia Ficción y Vocación Humana", organizado por el Centro de Ciencia Ficción y Filosofía, de la Fundación Vocación Humana, y la revista **Próxima**, de Ediciones Ayarmanot. La primera versión de este relato se publicó en 2008 en **NGC 3660**.



**AHORA TAMBIÉN PUEDE
 CONSEGUIRLAS POR:**



PAGOS CON TARJETA - ENVÍOS POR CORREO



ÍTEM 1 – COMENTARIOS

Nos resulta muy penoso enterarnos del deceso del sujeto experimental. Eso reduce a veintitrés el número de humanos machos reproductivamente aptos del globo. Para colmo de males, el M-21 era uno de los pocos en los cuales se había podido inducir una rutina apropiada para aprovechar todo el esperma, y poseía un índice de utilidad del 18%. Con la caída de movilidad de los espermatozoides debido a la polución química, el porcentaje de utilidad se reduce mucho. El sujeto recomendado en segundo término, por ejemplo, tiene solamente eyaculaciones nocturnas, las que no son programables y bastante poco frecuentes, y su índice está por debajo del 10%. Consideramos en su momento inevitable, por los motivos citados oportunamente, la selección del M-21 para el experimento; pero nos parece deplorable, repetimos, su desaparición.

ÍTEM 2 – ACLARACIONES

Se recomienda no abrigar esperanzas respecto de futuros hallazgos de sobrevivientes. El síndrome espongiiforme sólo ha demostrado disminuir su velocidad de dispersión y arraigo en los climas extremadamente secos, lo que no es el caso del Tíbet. Los tibetanos tampoco tienen gran parentesco genético con los árabes, y conviene recordar que la semita es la única etnia que ha podido ofrecer alguna resistencia genética al desarrollo del mal. Es opinión de esta su-

pervisión que incluso el hallazgo de los pocos ejemplares que poseemos ha sido de una fortuna increíble. El SEH ha tardado menos de tres meses en dar la vuelta al mundo, dejando a los machos de la especie completamente descerebrados y en estado de coma irreversible; no hay que olvidarlo. El hecho de que hoy se conozca una vacuna eficiente no hará que los machos broten de las rocas, y mucho menos habiendo pasado ya tres años del accidente de 2034.

ÍTEM 3 – RECOMENDACIONES

Se recomienda extremar los cuidados para evitar que sigan muriéndose los machos fértiles, por la causa que fuera. El domo de cemento no es completamente seguro contra la polución química y no podemos perder más esperma, porque en las condiciones actuales sólo podemos reproducir un número ya demasiado bajo de hembras de la especie. El desarrollo de la vacuna fetal para los machos, como se sabe, no logra dar en el clavo.

ÍTEM 4 – DISPOSICIONES

1. Se reforzará la seguridad perimétrica del domo.
2. No se harán más experimentos.
3. Se abrirá sumario contra quienes idearon y ejecutaron el experimento (lista en el Anexo I).
4. Se considerará cerrada esta línea de investigación.

El terror y el horror están en estas páginas, a veces en el párrafo menos pensado. Acaso sean una representación de lo que está afuera. O adentro de cada uno de nosotros. Ambos se conjugan con el pánico, que paraliza, o con el miedo, que ofusca la inteligencia. El último, además, cuando se funda en cuestiones guiadas por las pasiones —deportivas, sociales, políticas, religiosas, culturales—, no es sino un mecanismo para encubrir un odio visceral que no se quiere aceptar.

Unos escritores exorcizan esos demonios y otros no hacen sino exacerbarnos. Hay quienes se conforman con dar un susto. Los lectores lo saben y ellos eligen qué leer. ¿Se puede criticar a los que escriben? ¿A los que leen?

Sentir repulsión por aquello que no nos gusta es casi tan absurdo como criticar sin propuestas. Es cambiar la visión infantil del mundo, donde a todo se dice que sí, por otra adolescente digna de Peter Pan, en la que la rebeldía se eterniza caprichosamente.

En **NM** se busca una visión adulta, donde el terror y el horror no generen temor, sino que acicateen a seguir recorriendo las páginas de la vida.

S.O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.3. Las imágenes se trabajaron con XnView 1.97.8 y Gimp 2.6. La revista se armó con Serif PagePlus X5. Los archivos PDF se optimizaron con jpdfBookmarks 2.5.1 y jPDFtweak 0.9.5.

UNA CIERTA FORMA DE JUSTICIA

JOSÉ L. CARRASCO

Golpeó la mesa con la ficha de madera negra como solía hacer cuando estaba solo. Echó una ojeada al reloj de pared de la cocina. Las tres y media. Resopló. Los regalos de Vinnie siempre le hacían perder el tiempo. Primero el balón de baloncesto, al año siguiente la armónica y ahora el *tangram*. Le hubiera gustado que alguien le explicara la utilidad de colocar formas en la mesa. Todas sus imágenes eran confusas. Intentaba hacer un conejo y le salía una figura vagamente humana. Lo intentaba con un rostro pero no encontraba manera de dejar huecos para los ojos. No le gustaban los entretenimientos tan abstractos. Dejó el juego donde estaba, sin recoger, y corrió a vestirse. Al fondo, sirenas de policía. Un sonido demasiado familiar como para preocuparse. Seguramente unos chavales, detenidos por dibujar grafitis en alguna

pared del barrio. Como si eso fuera lo más grave que pudiera suceder en la ciudad en aquellos momentos. Escogió una camisa sin dedicarle mucha atención. Se abrochó el cinturón. Un cepillado rápido de la media melena y se sentó en el sofá para calzarse las botas de cuero. Un timbrazo lo interrumpió.

Con sólo una bota puesta caminó hasta el recibidor. Al principio, el impacto de la luz del sol le hizo cubrirse los ojos y sólo reconoció una figura baja y un olor a colonia barata de una marca infantil.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes a usted, señor...

—El tipo tenía acento sureño. Venía de lejos, o no se había acomodado aún a la vida en el norte—. ¿Le importa si entro y hablamos en un lugar a la sombra? Hay un calor de mil demonios aquí fuera.

ÍTEM 6 – DESARROLLO DEL EXPERIMENTO

El emplazamiento de la unidad se llevó a cabo con éxito, aunque el postoperatorio fue bastante más largo de lo esperado (ver Anexo V). Al sujeto M-21 se le permitió mejorar y reacostumbrarse a su rutina diaria antes de inicializar el módulo de grabación. Una vez inicializado, se prefirió mantener la rutina del sujeto, para verificar in situ las lecturas de datos (rutina del M-21 en Anexo VI).

El receptor remoto de la UCM 22, lamentablemente, no resultó operativo; eso dejó como única alternativa para acceder a la grabación el recuperar el módulo extrayéndolo del cerebro del sujeto.

Efectuada la recuperación, se tuvo acceso a la información con gran éxito y se informa que se ha logrado una notable lectura de la volición y pensamientos del sujeto, lo que revela que la operatoria de implantación y lectura parte de una teoría correcta (ver resumen en Anexo VII).

El sujeto falleció durante la operación de recupero. Datos en Anexo VIII.

ÍTEM 7 – CONCLUSIONES

Se concluye que el experimento ha tenido un moderado éxito. Si bien la comunicación con la unidad insertada fue imperfecta, se pudo recuperar la información y ésta tuvo un grado de coherencia notable. Según los expertos, hay buenas perspec-

tivas de poder cumplir con los parámetros de la Intención General 11. Se considera muy lamentable la desaparición del sujeto M-21, aunque se hizo todo lo posible para recuperarlo (verificar Anexo IX).

ÍTEM 8 – RECOMENDACIÓN DEL COMITÉ DE EVALUACIÓN

Se sugiere efectuar un nuevo experimento luego de la mejora del sistema emi-rec de la unidad AX-G12; los ingenieros ya están evaluando aumentar la potencia del emisor. Eso implicaría un inserto de mayor tamaño, pero nuestra ventaja es que el siguiente sujeto en orden, 34-72-02-12-M-09 Ali Ben Yahuda (ver Anexo X) posee un alojamiento craneal mayor, debido a un SEH [el Comité de Aclaratoria recuerda que ésta es la sigla aprobada para referirse al síndrome espongiforme humano] más localizado.

Por lo mismo, abrigamos esperanzas de que los estudios llevados a cabo por satélite hallen algunos sobrevivientes en buen estado general en el Tibet; eso nos daría mayor cantidad de sujetos M.

Se eleva para su consideración.

1144/2037

De: Supervisión Grado Beta

A: Comité de Análisis

Asunto: Respuesta a informe 230/2037

Importancia: Alta

sospechaba un poco era de la señora de azul: aunque no podía estar seguro, suponía que la señora de azul le quitaba cosas. Yehudi estaba convencido de ello porque era la única que lo tocaba, y nadie daba nada por nada, excepto la señora de rojo.

Hoy había comida redonda y la señora de rojo le dio casi cuatro. Yehudi tuvo problemas para retenerlas en las manos mientras comía. Quería con mucho espacio [*según el Comité Psiquiátrico, las confusiones de este tipo no tienen que ver con una posible dislexia de los sujetos M, sino con nuevas conexiones de los restos cerebrales aún funcionales luego del ataque espongiiforme*] a la señora de rojo. Mucho, mucho espacio.

Entonces llegó la señora de negro y lo llevó al rincón de dormir, que hoy era bastante plano pero azul. Lo ató a la cama vertical, le dijo “buenas noches, amor” y le indujo el sueño.

==final grabación==

ÍTEM 2 – OBJETO DEL EXPERIMENTO REALIZADO

Se intentó verificar la posibilidad de analizar los pensamientos volitivos y pseudoconscientes de los sujetos machos, para decidir los pasos a seguir según la Intención General 11 (ver Anexo I).

ÍTEM 3 – DESCRIPCIÓN DEL EXPERIMENTO

Se insertó una unidad orgánica preprogramada de nuevo diseño en uno

de los huecos espongiiformes, sobre el cuerpo calloso, entre el cerebro y el cerebelo del sujeto M elegido (descripción de la operación en el Anexo II).

ÍTEM 4 – DESCRIPCIÓN DEL EQUIPAMIENTO

El módulo de grabación pseudorracional AX-G12 es un trozo de córtex cerebral, dispuesto de manera entrelazada tridimensional sobre una red de germanio. La interfaz colectora de datos es un neurotransmisor de estado sólido tipo RXX3, adjunta a una unidad de comunicación tipo UCM 22 (datos en Anexo III). El módulo orgánico tiene una vitalidad de treinta horas y una semivida posterior de dos días; se trata del cerebro preprogramado de una rata. Cfr. Nota Técnica 322-6, del 24-01-2037 (ver Anexo III).

ÍTEM 5 – DESCRIPCIÓN DEL SUJETO M

Ha sido elegido el sujeto 34-72-02-12-M-21, por ser el macho con más alto grado de respuesta biológica; eso daba buenas posibilidades de que se recuperara de la operación de inserción del módulo de grabación. En segundo término, pero también fundamental, M-21 Yehudi es el único con educación occidental de todo el domo; eso daba un margen de seguridad con respecto a que el equipamiento respondería de la forma más conocida posible a sus eventuales meditaciones. Datos del sujeto en Anexo IV.

—No tengo costumbre de recibir a desconocidos. Mi madre me ha enseñado muy bien, ¿sabe?

—Se me ocurre que quizá tenga sed. Podríamos solucionar eso. —Su vista se fue acostumbrando al exterior y le permitió detallar más la imagen. Vestía un traje verde oscuro, bien conjuntado con una corbata marrón. Un bigote fino, recortado y peinado con tanto esmero que parecía una pegatina rubia bajo la nariz. Llevaba una bombona metálica con un grifo y manillar de rosca en una mano y otra parecida a la espalda.

Tragó saliva y miró a ambos lados de la calle. Desierta del todo, como cabía esperar bajo un verano de cuarenta y cinco grados pasado el mediodía.

—Venga, pase, y dese prisa, por Dios. ¿Cómo se le ocurre traer eso delante de todo el mundo?

El hombre suspiró y se secó el sudor de la frente. Se apoyó un momento en la pared, sin abandonar en ningún momento la bombona. Hizo una seña hacia el fondo del pasillo. Le permitió pasar con una seña parecida. Se sentaron ambos. El sofoco les impidió hablar inmediatamente. El golpe de calor era tristemente real.

—Bonito *tangram*. Mis hijos tienen uno; debería ver las imágenes que se les ocurren. Me paso las tardes fotografiando lo que les sale.

—Yo sólo veo piezas de madera negra.

—Hay que ver más allá de lo evidente. A mí me gusta ejercitar la mente con él. Me llamo Terrell. Para servirle. Espero.

—Jo Parker. Ya me imagino qué me quiere servir.

—Pura y bendita H₂O, amigo. Potable, destilada y con niveles adecuados de cloro.

—Es muy amable pero no tengo con qué pagarle ahora mismo. No me lo puedo permitir, además.

—Qué curioso eso que dice.

—¿El qué?

—Que no se lo puede permitir. Lo ha dicho antes de oír mi precio.

—Déjese de bromas. Si hay un producto caro es el agua. Somos el único país civilizado que dispone de ella libremente pero la que facilita el gobierno sabe como si hubieran fregado tres casas con ella. Y aún podemos dar gracias de no vivir en otros lugares. No he nacido ayer.

—Insisto en que no ha oído mi precio, y en parte es culpa mía. Le pido perdón. Hablar de dinero me repugna un poco. Yo vendo a diez cada galón.

—Por ese precio sólo cabe pensar que trama algo.

—Simplemente que se acuerden de mí. Los demás vendedores son muy avariciosos y las mafias acaban con ellos. Lo leemos en las noticias cada mañana. El mover dinero siempre llama la atención. Yo confío más en el viejo trueque de toda la vida. Tengo un amigo que mantiene un pozo subterráneo oculto, y mientras nos dure hemos preferido compartirlo barato a cambio de llevarnos bien con toda la gente.

—¿Qué quiere de mí? O, mejor dicho, ¿qué necesita?

—No lo sé. ¿Qué ofrece?

Parker desvió la mirada y la dejó perderse hasta el fondo del salón.

Una bombilla fluorescente iluminaba su cocina con debilidad. Vio su tostadora vieja, su microondas de marca blanca y su pequeña nevera. El silbido de un tren lejano hizo de puente entre la pregunta y la respuesta.

—Está bien. Ya sé cómo pagarle. ¿Qué opina del gobierno?

—Lo odio tanto como cualquier otro, amigo. Perdí familia y amigos en la guerra y aún me pregunto por qué. Mi padre se pudre en una cárcel desde hace seis meses y ni siquiera sabemos dónde.

—De acuerdo.

Cogió papel y lápiz de debajo de la mesa y anotó una dirección. Luego le tendió la hoja a Terrell. Éste se la quedó mirando como si estuviera a punto de recibir una fruta prohibida. Luego la cogió, le echó un vistazo y la guardó en el bolsillo de su camisa.

—Vaya a esa casa mañana a las seis. No llegue antes, tenemos una reunión privada, pero sea puntual. No queremos saltarnos el toque de queda.

—¿Qué me encontraré allí?

Parker sonrió.

—Un grupo de gente muy disgustada con el gobierno y con ganas de cambiar las cosas.

Terrell destensó notablemente sus miembros, que hasta ahora habían permanecido agarrotados en el sofá y reprodujo la sonrisa de Parker. Palmeó dos veces el papel en el bolsillo.

Pasó la mañana del día siguiente en casa de sus padres. Desde siempre

la había considerado el centro neurálgico de su vida y a su propia casa un mero satélite, un apéndice de una entidad superior. Nunca fue un chico dependiente y desde la adolescencia aprendió a salir de los problemas él solo. Incluso cuando una cámara capturó sus imágenes destrozando a pedradas los cristales del Ministerio del Orden, él mismo fue capaz de encontrar el mejor abogado para defenderlo. No supuso una gran diferencia. Apenas una rebaja en la cantidad de la fianza, ya de por sí inconcebible. Pero Parker pudo realizar todas las gestiones en casa de sus padres. El régimen fomentaba esa clase de actitudes. Reforzaba la unión de las personas.

Comieron en el inmenso salón. Sus padres, él, sus tíos Vinnie y Eden y sus hermanos Art y Nickolaus. Tocaba día de comida fresca y la saborearon sin prisa, casi sin hablar entre ellos. Para la sobremesa, Vinnie y su padre sacaron unos puros y un licor de arándano que habían guardado celosamente los últimos meses. Vinnie jugó a esculpir formas en su trozo de tarta con el tenedor, ajeno a las miradas reprochadoras de Eden. Nickolaus, como de costumbre, tenía enterrada la nariz en un videojuego.

Era el cumpleaños de Art. Su padre lo abrazó, le dio un paquete envuelto y se colocó en el sofá a lanzar bocanadas de humo que se enroscaron en el aire como serpientes mientras lo abría. Art se emocionó al ver el marco de metal con una foto de la familia y los cartuchos de escopeta.

—Que cumplas muchos, hijo. Sentimos no poder darte un regalo en condiciones.

Su turno comenzaba en tres cuartas; debía estar a cinco minutos [El Comité de Normalización aclara que se refiere a minutos de hora, no de arco] de allí antes de que transcurrieran un par de kilos. Afortunadamente se conservaba en buen estado y llegó a punto de cocción.

La señora de blanco le encargó levantar unas manoplas que se habían caído de las manos de unos maniqués violetas. Yehudi meditó y resolvió juntarlas en orden descendente [La señora de blanco anota que es apropiado conceder cierta libertad al sujeto una vez otorgada la tarea, y Yehudi tiene buena imaginación].

Le llevó varias ovejas y un par de cabras terminar con su tarea de la matardeciana. Estaba cansado pero también estaba cansado. La señora de blanco y la señora de azul le hicieron unas cosquillas con aparatitos muy monos [La señora de azul anota que siempre es conveniente realizar los análisis de respuesta glial luego de que el sujeto haya ejecutado tareas pesadas] y le indicaron luego una puerta verde [Según el Comité de Diseño Edificio, ese color es apropiado para ocultar al sujeto la tarea de copulación].

Yehudi se acercó de costado a dicha puerta y esperó a que se abriera. Como la puerta no se decidía, le dio una mano. Tras de ella estaba una habitación. Era nueva y Yehudi se mostró suspicaz. Pero la puerta lo hizo entrar igual [El Comité de Ingeniería entiende que el diseño de las puertas actuales es el más efectivo para que los sujetos no puedan huir al ser ingresados a las habitaciones de copulación].

En medio del espacio había una gran torta de gomaespuma rosa [La señora de azul apunta que con el captador de esperma desarrollado por Ing-Lay el rendimiento alcanzó al 26,3%]. La probó, pero no tenía rico sabor. Sin embargo, en la habitación nueva había un fuerte perfume [Luego de las pruebas semanales, el Comité de Fertilidad verificó que para el sujeto M en cuestión convenía agregar 32 cP de perfume de azahar al extracto de feromonas tipo III] que le dio muchas ganas de cabalgar. De modo que lo hizo, contra la suave gomaespuma, suspirando en clave de fa [Para el Comité de Genealogía e Historia, los caprichos musicales del sujeto son resabio de su educación como músico en la época anterior al accidente].

Un rato después, cuando Yehudi estaba cansado más pero ahora estaba no sólo cansado más sino feliz, se abrió la puerta y la señora de azul lo llamó con la campana. Le puso una mano en la parte de ahí [Una de las curiosas conclusiones del Comité de Idiomas, extraída del análisis de los restos de inteligencia de los sujetos M, indica que sólo conservan los nombres de sus partes visibles; a las que no ven en sí mismos —la espalda, en el caso citado por el sujeto en cuestión— las nombran en formas no concretas: “lo de allá”, “por ahí atrás”, etc.] y lo empujó suavemente hacia la señora de rojo.

La señora de rojo era la preferida de Yehudi porque le daba cosas. La señora de blanco no era tan preferida porque no le daba cosas, sino que le hacía correr o subir cosas. Pero no estaba mal del todo. De quien

BUENAS NOCHES, AMOR

CARLOS MORALES

230/2037

De: Comité de Análisis

A: Supervisión Grado Beta

Asunto: Informe del experimento sobre sujeto 34-72-02-12-M-21, Yehudi El-Enuhin

Importancia: Alta

ÍTEM 1 – GRABACIÓN RECUPERADA

==inicio grabación==

Yehudi saltó de la cama vertical al oír su despertador de mandíbula y se metió en la escalera para darse una ducha. Silbando en clave de fa [La de sol ya lo había aburrido, según descubrió el Comité de Comportamiento] se restregó las partes, los plenos y los extremos, se secó

con el talco perfumado [El Comité de Racionamiento lo había definido gratuito durante esa semana para el bloque 34-72-02-12] y se desvistió con estilo.

Le gustaban las mañanas, pero hacía mucho ya que trabajaba por las tardes. Por suerte no era de mañana ni de tarde, sino de matardeñana [El Comité de Ambiente señala que no parece haber complicaciones tipo *jet-lag* en los sujetos desde la instalación del domo de cemento regional; el sujeto exagera]. Eso le permitía trabajar de no.

Salió a la veranda junto con media docena de felices habitantes del bloque, tanto fieles como infieles, y se acercó a los ascensores [Según la encargada del bloque, a Yehudi le gusta mirarlos subir y bajar un rato antes de salir]. Entonces saltó por la ventana.

—Ni te preocupes por eso. El regalo que mejor me vendría es un trabajo, papá.

—¡Qué más quisiera yo poder ayudarte! Es una vergüenza que un joven fuerte y preparado no pueda ganarse el pan con honradez. Pero sin seguridad en las calles todo se viene abajo. ¿No has vuelto a pensar en alquilarte como cazador?

—Papá, ya hemos hablado de esto mil veces. Los mutantes no existen. Son un...

Distante, interrumpió el discurso de Art un aullido sin dueño claro. Todos enmudecieron y se centraron en lo que había en sus platos, en sus tazas. Apuraron de un sorbo sus bebidas, calentándose las manos en la superficie de cerámica. Al aullido se le unieron otros dos más agudos y nerviosos, que sajabán al primero un rato, luego descansaban y volvían otra vez a cortarle la llamada. Las tres voces formaron una y su canto se perdió gradualmente, pero sin oposición, en el silencio nocturno. Art se humedeció los labios y señaló a su padre.

—Son un invento del gobierno. Una cortina de humo. ¿O crees que eso de ahí fuera es algo raro, un producto de científicos locos? Son las alimañas que ha habido siempre. Tratan de dirigir la atención a ese tipo de rumores para que no nos demos cuenta del verdadero problema. De que nos han vendido a los bancos, a los medios de comunicación y sabe Dios a quién más.

—Yo sólo quiero que tengas cuidado.

—Tendré mucho cuidado.

—Además, Laurie, la vecina, se encontró con uno hace dos años. Caminaba sola y de noche, la muy inconsciente. Oyó unos ruidos y los vio peleándose por la carne de un perro muerto en un callejón. Por suerte tuvo la buena cabeza de marcharse sin armar mucho escándalo y volvió a casa sana y salva.

—¿Sabéis qué podría hacerse? Dejar cepos para ratones en la entrada de casa. Si esos bichejos del diablo rondan en busca de comida se llevarán una buena sorpresa.

Quien había hablado era el tío Vinnie. Como siempre, su tono de voz resultaba neutro y grave pero en su boca se mostraba una franca sonrisa. Eden enarcó las cejas y alzó la mirada al cielo, aunque ni entonces desunió su brazo del de su esposo.

De nuevo callaron los seis. Parker se removió en la silla y negó con la cabeza. Todas las reuniones familiares terminaban igual. Siempre había alguien que ponía en la mesa el tema de los mutantes, de los rayos de control mental, del satélite-que-todo-lo-graba y los micrófonos del gobierno. Después de un poco de discusión todo el mundo se callaba al mismo tiempo y le tocaba a él poner paz.

—¿A que no sabéis a quién he conocido hoy? ¡A un aguador!

—¿Un aguador? ¿En serio? Creí que ya no quedaban.

—Qué valor hay que tener para salir a las calles.

—Sí. Las recorre todo el día, hasta cuando llegamos a los cincuenta grados. Quizá podamos ayudarlo a sacar a un familiar suyo del talego. Le conté lo de mi grupo y me dejó

el agua más barata. Os he traído la bombona entera.

Jo salió al recibidor y volvió con el aparato, que depositó con cuidado junto a la nevera. Su madre despertó de la tenue siesta en la que parecía haber caído y se ajustó las gafas contra la nariz en dirección a su hijo. Esgrimía una luminosa sonrisa y todos la imitaron.

—Menos mal que aún queda gente con ganas de luchar. Dame, Jo, prepararé un guiso mañana.

La familia asintió al unísono y el clima de la reunión se aligeró. Su madre cabeceó de nuevo, a punto de sumirse de vuelta al sueño, pero alzó la cabeza una vez más y escrutó a su marido. Lo señaló con una uña larga y pintada de escarlata profundo.

—Por cierto. ¿Cuándo dejó Laurie la bebida? ¿Uno o dos años?

Jo bajó las escaleras hasta el sótano en el que, a través del humo, se distinguían a un fornido hombretón rapado al cero y con una mosca castaña en la barbilla que consultaba un ordenador y dos jóvenes que parecían discutir sobre la mejor forma de mirar el mapa que se desplegaba ante ellas. Ninguno alzó la cabeza para saludarlo. Jo apretó los hombros de Maddie, la más pequeña del grupo. Ella le respondió cogiéndolo de la mano, aún pendiente del mapa, mientras con la otra juguetaba con un rotulador negro.

—Siéntate, Parker. Tenemos trabajo. Hay que dividirse la próxima acción. Personalmente voto por que uno lleve las cargas explosivas a tra-

vés del río y el resto vigile para asegurar la huida.

—He traído visita.

—¡Ja, ja! Dile que vuelva con leche y galletas.

—No, en serio. ¿No protestabais la última vez con que necesitábamos un experto en informática que controlara los movimientos desde casa? He conocido un tipo que está interesado en colaborar y que sabe algo de redes de seguridad. Ahora mismo trabaja de aguador.

—Realmente hablas en serio, Parker. Eres increíble. Vale, avísale de que debemos terminar la reunión primero y preséntanoslo cuando terminemos. Es cierto que hemos tenido problemas a veces por ser nada más que cuatro. No nos vendrá mal un nuevo miembro, pero el trazado del asalto no puede esperar. Daphne, Chad, eso también va por vosotros. Vamos a ponernos de acuerdo.

Los cuatro alrededor de una mesa apolillada se repartieron los roles. Chad, por su fuerza física y su resistencia, fue designado como responsable para colocar las cargas en la base de la planta eléctrica, por la parte más cercana a la nave de motores. Los demás se ocuparían, mediante comunicadores, de vigilar el perímetro. Y si el quinto supuesto hombre valía la pena quizá le permitieran entrar en el grupo y controlar las acciones en la red y sabotear la sede para mantenerlos ocupados. Siempre desde su propio hogar o en terreno neutro y que no implicara a nadie.

Al final de la reunión salieron al exterior y entraron en una cafetería.

a caminar hacia las puertas, cruzando el amplio salón lleno de cadáveres polvorientos y armaduras oxidadas. Pasó junto a la estatua de un guerrero con porte noble y espaldas anchas, que era abrazado por una bella mujer. Se detuvo junto a ella—. ¡Talcar! —llamó.

Éste acudió con su señor.

—¿Sí? —preguntó el capitán.

—Trae albañiles hasta aquí —ordenó Arathar—, y diles que se lleven esta estatua para Armethor.

—Está bien, pero ya está dañada: la espalda de la mujer tiene una hendidura.

—Que se la lleven de todos modos —dijo el rey.

Los trabajadores vinieron y se asombraron al ver la figura: la expresión fiera en el soldado, y el rostro de felicidad serena en la mujer que se abrazaba al guerrero, pegándole su mejilla al pecho, sonriendo.

© CARLOS RANGEL SANTOS, 2011.

CARLOS RANGEL SANTOS
(México —Aguascalientes, 1987—)

Autor del libro de cuentos *La voz de los otros*, en **NM** publicó “No me temas” (# 17) y “Departamento 9” (# 20).

zar—. Ya estaba un poco más viejo y tenía barba. Me dijo que aún me veía hermosa. Pero los años en soledad dentro de esta abadía me endurieron, e intenté matarlo.

La mujer lloró sin soltar la estatua. El héroe se acercó un poco más, con cautela.

—Lo asesinaste —dijo el héroe—; al único dispuesto a ofrecerte ayuda. —Su voz era severa.

—¡No quería! —prosiguió la mujer—. Pero ya no era capaz de tener esperanza. Además, ¿quién eres tú para juzgarme?

—¿Pero por qué le hiciste una estatua? —preguntó el rey, apresurado para ganar más tiempo.

—Él es la estatua —contestó ella—. No quería que se pudriera con los demás; él era diferente: pudo herirme. —Al decir esto la mujer se giró recogiendo su larga cabellera para descubrirse la espalda. El vestido blanco se interrumpía en un escote; estaba herida: una línea roja y profunda la recorría desde el cuello hasta la cadera sin sanar—. Por eso lo transformé en esto, para que siempre estuviera conmigo —dijo regresando a su posición original.

¡Por fin!, pensó Arathar. *Aunque la compadezco debo matarla.*

La mujer se adelantó hacia el guerrero, sus ojos cuan grandes eran se posaron sobre él.

—¡Defiéndete! —le dijo y comenzó a atacarlo.

El nuevo combate fue más cruento; la maldición divina fue capaz de darle fuerzas y habilidades que no tiene ninguna mortal, pero Arathar era valiente y, además de eso, su

conocimiento en lo que a combate se refiere era inigualable. El dolor de ver sufrir a su pueblo tantos años y por tantas generaciones obligaba al rey a endurecer sus rodillas, para no caer.

Las lunas gemelas siguieron su curso, y Furgenya, la de brillo azulado, se ocultó tras las montañas de ónice.

Con la mañana del nuevo día, Talcar, capitán de la guardia real y amigo fiel de Arathar, cruzó las puertas de madera guiando a sus valientes para ayudar al rey. Sus soldados lo encontraron sentado en el piso cerca del trono del abad, fumando de su pipa de ébano con tranquilidad. Fueron hacia él.

—Mi señor—le dijo el capitán—, los descarnados y las bestias fueron vencidos. Hemos contabilizado las bajas y son menos de las esperadas, además de que nuestros *golems* de batalla funcionaron con eficiencia; los caminos serán seguros de nuevo.

Arathar fumó para responder después.

—Perfecto —dijo sin emoción—. Pues, bien, vamos a casa —dijo con un suspiro.

Los hombres intercambiaron miradas.

—¿Pero dónde está el cadáver del monstruo? —preguntó Talcar—. El demonio capaz de conjurar tales ejércitos.

—No había monstruo —contestó el rey mientras se ponía de pie. El sol que entraba por los vitrales de colores le iluminaba la cara—. Talcar, junta a los hombres y haz que curen a los heridos; nos vamos. —Comenzó

El local estaba medio vacío y mal iluminado. Los carteles de las paredes acumulaban grasa y los electrodomésticos, mucho polvo. Una camarera poco atenta se entretenía en secar unos platos y tardó un buen rato en percatarse de la clientela. Sentado en una de las mesas que daban a la ventana Terrell ignoraba su café en favor de unas sombras abstractas a modo de corona en los edificios más altos de la zona. Salió de su estado cuando Parker ya ocupaba asiento frente a él.

—Está hecho. Si te interesa eres bienvenido en nuestra asociación. El próximo objetivo ya está designado pero más adelante podemos pensar en la liberación de tu padre.

Había una ansiedad en los ojos de Terrell que ni siquiera una noticia tan halagüeña parecía capaz de apaciguar. Retiró la bebida a un lado y extendió la mano. Los dos hombres las chocaron. Parker le explicó el trabajo que debía llevar a cabo y qué herramientas necesitaría instalar en su ordenador para conseguirlo de manera eficiente y sin conseguir ser rastreado. Terrell lo apuntó todo en varias servilletas, que guardó pulcramente dobladas en el bolsillo de su chaqueta. Luego se despidieron.

—Una cosa más. ¿Crees en la existencia de los mutantes?

—No. Me parece un invento del gobierno. Una maniobra de distracción bien pensada para asustarnos mientras preparan sabe Dios qué.

—Perfecto. Si hay algo que nos hemos propuesto en nuestra pequeña sociedad es destapar las verdades.

—¿Salió bueno el guiso, entonces?

Parker jugaba a mantener el equilibrio con un bolígrafo, sostenido en horizontal sobre su dedo índice, mientras su madre pelaba verduras. La cocina no estaba provista de un sistema de ventilación y, con la puerta cerrada, el vapor de agua de la olla caldeaba el ambiente. Era una habitación demasiado pequeña para los dos. A veces daba la impresión de que las demás habitaciones de la casa le habían ido comiendo terreno, al mismo tiempo que la calidad del agua degeneraba tras años de guerra química y contaminación industrial. Dormitorios y salones, lugares de esparcimiento y desconexión, primaban ahora en la vida diaria.

—Estupendo. Repetimos todos. Pídele más a ese aguador amigo tuyo y te guardaremos algo para cuando vengas.

—Por cierto, ¿sabes que al final le hicimos caso al tío Vinnie?

—¿Qué quieres decir?

—Hemos puesto una trampa para ratones en la parte trasera de la casa.

Parker se golpeó la frente. Por toda respuesta su madre se quitó el delantal y tiró todas las cáscaras al cubo de la basura. Calentó la olla con parsimonia, muy concentrada, y puso las verduras bajo el chorro del agua a gran potencia. El sonido del grifo anegó la conversación.

—Mamá, no me puedo creer que perdáis el tiempo con tonterías semejantes. Cualquier animal puede caer en ellas y no demostrarías nada.

—Hemos colocado comida cocinada. La mayoría de animales la prefieren cruda, pero quizá a los mutantes les atraiga.

—La mente humana es un misterio. Crees que la conoces y siempre encuentra una manera de sorprenderte otra vez. Mamá, por supersticiones así acabaremos por volvernos hombres de las cavernas.

La puerta de la cocina se abrió, liberando todo el vapor de la olla. Su padre asomó, todavía vestido de calle, con chaleco de cazador y gorra con visera.

—¿Dónde se ha metido Art? Se suponía que iba a echarme una mano con el cambio de bujías del coche.

—Siempre se entretiene más de la cuenta. A lo mejor sale con una chica. Art siempre tarda en contarnos esas cosas. O quizá ha salido a refrescarse un poco. Ha repetido dos veces la sopa, el muy glotón.

Art no apareció para la cena. Tampoco para los postres ni para fumar, como solía hacer con su hermano Nickolaus, mientras veían las noticias de un canal clandestino que aún emitía con libertad. Durante la cena, su madre fue perdiendo progresivamente el color en el rostro, y cuando se escuchó un nuevo aullido, idéntico al que los interrumpió en la anterior visita de Parker, estuvo a punto de derramar el vino por los temblores.

—No es normal. Tu hermano es un chico casero. Se queda dormido en las esquinas pasadas las once.

—Déjale tranquilo. Ya es mayor para buscarse la vida. Dudo mucho

que nadie ahí fuera tenga interés en andar dando sustos a la gente.

Su madre cogió la mano de su marido y la sostuvo con fuerza.

—Llamemos a la policía.

—Ahora vas a decir que son esos hijos de Satanás. Escuchadme, y esto va por todos. No hay mutantes. Y si los hubiera, ¿qué? Aprenderíamos a convivir con ellos. Somos personas racionales. Eso hace la gente normal. Si son medianamente listos sabrán que el gobierno es tan enemigo suyo como nuestro. ¿No ha habido cambios antes? ¿No hemos aprendido a relacionarnos entre países, a aprender los idiomas de los otros, a respetar sus costumbres? Antes de esta época odiosa, antes de que los medios y los poderosos nos pusieran unos en contra de los otros.

Parker no esperaba una respuesta de adhesión automática pero sí al menos un poco de empatía. No encontró más que rostros de pregunta sin solución. Se arremangó la camisa hasta los codos. Fue a sentarse, pero al ver a su madre conteniendo las lágrimas se volvió a incorporar.

—Además, ¿creéis que la policía os va a prestar atención? Lo que me extraña es que un día no entren en nuestras casas a llevarse lo que nos queda.

Nickolaus, que hasta el momento no había intervenido ni por señas, dejó en la mesa su cerveza y salió de la habitación.

—Me duele la cabeza. Voy a echarme un rato. Hablad un poco más bajo.

—Veo que seguís mirándome como un bicho raro. Ahora vais a

—¿Quién era él? —preguntó el héroe, buscando tiempo para encontrar una forma de atacar.

—Te lo diré; de cualquier forma ya vas a morir —contestó la doncella—. Él me amaba, y cuando fui maldecida se atrevió a venir aquí para ayudarme.

—¿Y por qué te hechizaron? —Arathar jadeaba al hablar.

—Porque, siendo más joven... —Hizo una pausa; su rostro reflejó dolor—. Un demonio vino a mí con forma de hombre. Llegó mientras pastoreaba el rebaño de mi padre y me juró amor. Yo era ingenua; sin hacer caso del malestar de mis ovejas ante él, le correspondí. —La mujer caminó hacia la estatua mientras hablaba—. Siempre me habían dicho que yo era hermosa, aunque nunca lo había creído.

El guerrero se quedó ahí, resolviendo.

—Pero un viejo dios se enfureció con nuestra unión —continuó diciendo la mujer—, y el demonio que me juró amor me dejó sola frente a su ira, aunque para él ya era tarde también, y fue arrojado de regreso al abismo.

El valiente arqueó las cejas al escuchar esto.

—Fui condenada a nunca morir y a no volver a reír. —La mujer tocaba la estatua con sus manos, otra vez normales—. Caminar sin hogar por el mundo y a siempre tener hambre. Llegué a este monasterio para pedir ayuda, pero los monjes me echaron entre piedras. —Cerró el pequeño puño y los ojos—. Así que los maté a todos y me quedé aquí.

La mujer acarició el escudo de piedra al contemplar la estatua, ignorando al héroe.

—Es triste —dijo el rey—, pero no por eso tenías que asesinar a tanta gente.

La mujer lo miró en silencio, un momento después comenzó a hablar.

—Sólo quería morir, así que hice llegar bestias y criaturas hasta mí; seres que estando viva habrías temido. Deseaba atraer guerreros fuertes que me hicieran dejar de existir.

—¿Y para eso mataste a tantos? —La ira en el corazón del valiente comenzó a ganar terreno—. ¡¿Para que alguien viniera a liberarte?! —preguntó gritando—. ¿Es la mejor forma que encontraste? —Realmente estaba enojado, pero después calló.

—¡No sabía qué hacer! —contestó la mujer—. Pero al poco tiempo llegó él —dijo, acariciando el rostro de la estatua—. Me amaba cuando yo era humana, y vio con dolor cómo me iba con el demonio. Después de enterarse de mi maldición vino aquí para ayudarme. Mis bestias no lo dejaron llegar al principio, pero se unió al ejército de un reino poderoso en aquel entonces, y subió de rango con rapidez. Pudo cruzar esas mismas puertas que tú pasaste guiando a sus hombres, dejando cubierto su camino de cadáveres, y se presentó ante mí.

El corazón del héroe se ablandó un poco, y se contentó con escuchar.

—Me dijo cuánto me amaba y todo lo que había esperado para verme; prometió ayudarme y pasar esto junto conmigo. —La mujer se abrazó a la estatua antes de sollo-

Recobrando su valor, Arathar corrió hacia ella empuñando su arma y gritando, dispuesto a separar la cabeza del hermoso cuerpo. La mujer levantó una mano hacia el héroe, para después alargar el índice como una lanza, y con ésta atravesó al valiente por el hombro, sobre el escudo, en el brazo izquierdo. El rey contrató atacó de forma rápida y cortó la extremidad de un tajo. Retrocedió un poco, herido.

—Lo sabía demonio; no eres humana —dijo, mirando el pedazo de lanza.

—Ya no más —respondió ella—; fui maldecida. —Su expresión era afligida—. Mejor vete; aquí no hay nada para ti. Si te vas ahora no te haré daño.

El rey enfundó su espada para dejar la mano libre, y sacó la lanza de su hombro con un gesto de dolor, para arrojarla al piso, donde cayó levantando algo de polvo. Una vez hecho esto desenvainó otra vez.

—¿Crees que será tan fácil? —le preguntó a la mujer con una sonrisa, aunque había furia en sus ojos—. Te haré pagar por tus crímenes: mucha gente ha muerto por ti. Además, ahora mismo mi ejército pelea contra tus bestias; por ellos no puedo irme sin acabar esto, ¡se lo debo! —gritó.

Una vez dicho esto la sonrisa abandonó el rostro de Arathar, quien se puso en posición de combate con el escudo al frente.

—Eres valiente, lo reconozco —dijo la mujer sin cambiar su expresión—, pero también muy estúpido. —Se apretó contra el pecho de la

estatua—. ¿Qué te hace pensar que eres como él?

La hermosa mujer arremetió contra el guerrero, que no alcanzaba creer que una figura tan esbelta y unos brazos tan gráciles contuvieran tanta fuerza. Las manos blancas, ahora convertidas en garras, cortaban jirones de la capa del rey. El héroe sólo pudo cubrirse a medias; con un hombro herido y debilitado por el hambre, lo mejor que podía hacer era esquivar y contener, con su escudo astillado.

—Mala mujer, no eres humana —dijo Arathar jadeando—, pero aun así no me rendiré.

—Hubo muchos antes que tú. —Ella estaba intacta—. Mira cómo terminaron. —Apuntó con una garra a los cadáveres esparcidos en el salón.

—Yo seré el último.

—Que así sea, pero no me decepciones. —La voz seductora se volvió más triste.

El guerrero blandió la espada dirigiéndola a la cabeza, al estómago, a los brazos, consiguiendo infligir pequeñas heridas. La mujer era muy rápida y antes de que el arma tocara su piel, produciendo un corte grave, ella se movía y arrancaba un trozo más de la capa y el escudo.

—Qué decepcionante, no eres como él —dijo la mujer volteando a ver la estatua—. Morirás como los otros.

Tomando aliento, el rey plantó fuerte los pies. Un hilo de sangre le corría desde el hombro hasta la cintura, tiñendo la armadura de rojo. Se estaba mareando.

ver. Voy a salir ahí fuera a por Art. Y si en lugar de Art me encuentro con uno de esos mutantes me lo traeré de invitado para tomar una copa.

Parker dejó el salón con los hombros rectos y los puños cerrados, pero en el pasillo se detuvo a mirarse en el espejo. Se encontró mayor y cansado, aunque ni siquiera peinara canas. En la otra habitación todos seguían callados. Suspiró y abrió la puerta que lo llevaba al despacho de su padre. Extrajo del doble fondo de un cajón, cuya existencia conocía hacía tiempo, una llave metálica. Abrió con ella el armario y cogió la escopeta de caza, después de comprobar que estaba cargada. Pasó sus dedos por los cañones hasta la mirilla del extremo. Volvió al pasillo y se rió de sí mismo al ver la imagen de inopinado cazador con escopeta, jersey de rayas diagonales y pantalones de pana. Se puso el abrigo y salió de la casa antes de que nadie pudiera verlo.

Fuera el frío se le clavó debajo de las uñas y en las encías. Un rayo tiño de azul eléctrico las tejas de las casas y las copas de los árboles. La cercanía de la borrasca había desalentado a todos los vecinos a salir al exterior. Sólo animaba el paisaje quieto el aleteo suave de un largo mantel tendido en una cuerda y una pelota de fútbol abandonada en plena calle. El viento desordenó su cabello, sumergiéndolo en su frente y trayéndole voces de discusiones y quejas. Su familia amaba los debates.

Su hermano Art disfrutaba saltando vallas con su monopatín en un parque no muy lejano. Era el mejor

lugar para empezar a buscarlo. Cruzó la carretera sin respetar el semáforo en rojo para los peatones y se internó en un callejón para atajar hasta las pistas de deporte. Algunas ventanas desplegaban rectángulos de luz amarilla en el pavimento oscuro. Los cubos de basura, llenos a rebosar y sin distinción de residuos, estropeaban el aire. Se dio prisa en avanzar. Un trueno anunció su salida de la estrecha calleja. Parecía que el cielo imitaba con su detonación la actitud defensiva de Parker, que acariciaba cada treinta segundos el percutor de la escopeta.

La avenida Grey, una enorme circunvalación bifurcada por un bulevar de arbustos secos, era la última carretera antes del parque. También en ella el tránsito era nulo y pudo cruzarla de lado a lado sin más de una ojeada en cada sentido. En el paso del tercer carril el eco de un sonido metálico retumbó a su espalda. Al girarse vio una figura achaparrada y harapienta. Le colgaban los brazos como apéndices sin vida. Su piel pálida estaba surcada por prominentes venas de un tono ceniciento. Parker enarboló la escopeta a modo de advertencia pero el individuo se le acercó a pasos irregulares. Por el rabillo del ojo distinguió la tapa de alcantarilla abierta y el rastro de baba densa desde el agujero hasta los pies del vagabundo.

“Quédate donde estás”, sonó en su cabeza, pero fue incapaz de articular en voz alta. Lo tenía muy cerca.

La figura respondió a sus gestos, o al menos le pareció una réplica la gruesa modulación de su gruñido,

el raspado de sus uñas contra la piel, la tensión súbita por el cuello. Los prejuicios le ganaron la batalla. Un mutante. Una imagen repetida cientos de veces en noticiarios manipulados, en cotilleos de vecinas o en avisos proyectados en los cines. Lo pudo la repulsión y el odio, y no le gustó que fuera así. Conseguía ver sus manos callosas sobre él. Retrocedió de espaldas, negándose a disparar.

—No tengo nada contra ti. No tenemos que hacernos daño. —Esta vez sí logró que sus palabras se vocalizaran, pero el relente las congeló apenas salieron. El hombre no reaccionó ante ellas.

Notó sus manos cada vez más agarrotadas. Un desnivel del terreno donde no esperaba hallarlo lo sorprendió. No recuperó el equilibrio y aterrizó en la acera. Las piernas largas y flacas, como tallos de plantas, seguían caminando hacia él. Se arrastró a duras penas pero un dolor intenso latiendo en las sienes le dibujaba fogonazos claros y perdió el sentido de la orientación. Un nuevo rumor liviano le llegó de otro lugar. Torció la mirada para encontrar otro de ellos, más pequeño y fibroso pero de parecida torpeza al andar. El primero había descubierto una larga fila de dientes en su boca correosa y parecía determinado a calmar su hambre con él. Buscó una vía de escape entre los dos y al incorporarse de cintura para arriba, notó una humedad en el cuello de la camisa. Probablemente sangre. La criatura se agachó para agarrarlo por la pierna y tironeó sin mucha agilidad. Parker sintió escalofríos y liberó el pestillo.

—Lo siento. —Y disparó la escopeta.

El individuo se derrumbó con un boquete humeante en el mismo centro de la caja torácica. Se retorció unos momentos a espasmos más regulares que su propio caminar hasta que dejó de moverse. El pequeño no reaccionó a la detonación y continuó reptando. Ahora sus manos estaban calientes por el retroceso, y también por el empuje de unas voces que lo instaban a la defensa y a asegurarse la huida. Parecía más joven y había cubierto la distancia entre ambos mucho más rápido. Presionó de nuevo el gatillo y lo hizo caer con la misma facilidad. La noche quedó de nuevo en calma.

Parker necesitó apoyarse en una farola para conseguir ponerse en pie. Una pasada por la nuca le confirmó que lo que le empapaba el cuello de su camisa era su propia sangre. El contacto con el líquido denso, que extendió entre sus dedos y de una mano a otra, hizo que todo le diera vueltas. No se atrevió a dejar la farola y lamentó no haber traído ni una botella de agua consigo. Un nuevo rumor de pasos, más regulares que los anteriores, lo alertó. El golpe había sido más grave de lo que suponía o bien alguien en el cielo debía de estar atendiendo sus demandas: distinguió a Terrell, cargado con una de sus bombonas, caminando sonriente en su dirección.

—Parece que te has perdido. Es una noche muy negra como para rondar fuera de casa.

—Estoy buscando a mi hermano.

La luz de la luna entraba por los vitrales amarillentos, iluminando los montones de cadáveres que interrumpían la belleza del salón, entristeciéndolo. En el centro del recinto, Arathar pudo ver una estatua de piedra gris. Decidió acercarse templando su ánimo, mientras se obligaba a regular la respiración.

El crujido de huesos era casi imposible de evitar; todos los valientes que entraron a recobrar esos muros pagaron el intento con su vida. El guerrero se encaró con la pieza: los detalles le decían que la habilidad del escultor había sido grande. La obra era tan realista, que la expresión de combate en el rostro del soldado que representaba provocó cierto temor reverente en el rey.

Con el escudo levantado al frente y la espada empuñada sobre su cabeza, la estatua miraba fijamente el trono de madera del antiguo abad, un hombre santo, muerto siglos atrás.

El sonido del fragor a lo lejos seguía llegando. Arathar supo que era necesario darse prisa y acabar con el mal que estaba ahí. Sólo que, como en siglos ningún mortal había pisado ese territorio, y los que lo hicieron nunca volvieron a ver el sol, el rey no sabía qué era lo que iba a enfrentar; algún monstruo deforme de fuerza sobrehumana, o un demonio cornudo y poderoso, capaz de barrer villas enteras con su aliento de fuego.

—¡No te escondas, tirano! —gritó el valiente—. ¡Pondré fin a tu maldad! Nadie respondió.

—¡Sal a pelear! —continuó—. ¡Vengaré a todos los que murieron por ti y tus ejércitos de muerte!

Enfurecido, el héroe comenzó a recorrer el lugar, siempre caminando en círculos por el centro del salón, exigiendo combate. Hasta que, desesperado de no tener respuesta, regresó a la estatua para golpearla con la empuñadura.

—Por favor, no hagas eso —dijo de pronto una voz suave.

—¿¿Quién está ahí?! —preguntó el rey subiéndole la guardia.

—No dañes la estatua —se escuchó entre las sombras.

Una mujer salió detrás del trono.

—¡Detente ahí, monstruo! —El héroe empuñó fuerte su espada—. ¡Prepárate a morir!

Ella caminó hacia la pieza sin inmutarse. Su mirada era doliente y sus facciones hermosas. Arathar se cubrió con el escudo para alejarse un poco; aunque tenía cierto temor, su cara estaba ceñuda.

—¡Muestra tu verdadera forma! —gritó el guerrero—. ¡Sólo un cobarde se esconde tras una mujer!

—Pero ésta es mi forma —contestó ella, girando la cabeza hacia el rey, aunque sin levantar la mirada—. Para mi pesar y el de muchos. —Diciendo esto, acarició el mentón de piedra.

Arathar dudó un poco. Venía preparado para matar cíclopes o dragones, y no encontró nada de eso; en cambio una bella mujer le decía que no dañara una estatua. Bajo la luz de la luna que traspasaba los vitrales sacros multicolores, aquella mujer le parecía en verdad un ángel.

—¡Ya sé lo que intentas, monstruo! —Dudó un poco al pronunciar esta palabra—. ¡Quieres hechizarme!

LA ESTATUA

CARLOS RANGEL SANTOS

Las escaleras de piedra parecían interminables pero el rey Arathar no se detuvo. A pesar de estar cansado y hambriento, sólo tenía una cosa en mente: correr. Sus hombres peleaban en los niveles inferiores y varios habían muerto ya. Los cadáveres de sus hermanos de armas lo obligaban a seguir. Las lunas gemelas se asomaban por entre una nube, haciendo ver aquel patio con sus árboles raquíticos aún más triste.

Cada peldaño agrietado daba una idea de la antigüedad de aquella abadía, de donde tantos hombres santos salieron para llevar paz al mundo alguna vez. Conforme avanzaba podía ver osamentas y armaduras herrumbrosas, con los despojos de algún valiente dentro. Muchas cruces se lanzaron para conquistar ese lugar, que alguna vez fuera santo. Las partes de su armadura llena de

sangre y mojada en sudor chocaban entre sí mientras corría; el sonido metálico de sus pertrechos formaba un compás con el clamor de su ejército a lo lejos.

Al fin llegó.

La enorme entrada de madera lo recibió al acabar el ascenso. Los grabados de algún viejo artista habían sobrevivido en la superficie y, en su imaginación, el guerrero creyó ver una escena del paraíso. Adelantó ambas manos para empujar las pesadas puertas con un gran esfuerzo. La madera se quejó de podredumbre. Adentro, un empedrado sacro adornaba el piso; en la imagen se veía a un dios antiguo, ya sin creyentes, que iracundo arrojaba al Rey Demonio y sus ángeles oscuros al abismo. Arathar, rey de Armethor, desenvainó su espada para después avanzar.

Terrell alzó una ceja y emitió un gorjeo de satisfacción.

—¿Quieres tomar un trago? Yo te invito.

—Y tú, ¿qué haces por aquí?

—Ya ves, también ando de caza.

—¿De mutantes? No tenía ni idea, de verdad. Jamás hubiera podido imaginar que vivieran ahí abajo. Me hace preguntarme tantas cosas. De qué vivirán. Qué opinan de nosotros. Cómo llegan a ese estado. Debería sentir miedo, y en parte estoy temblando como un flan. Pero a la vez me dan una lástima enorme.

Terrell le extendió un vaso de plástico que había llenado. Lo aceptó.

—No le des tantas vueltas, Parker. Todas tus dudas se han resuelto ya. Lo primero: dile adiós a tu hermano. Creo que ese pequeñajo que te has cargado con la escopeta es él. Le seguí anoche y pude verle transformarse. Un espectáculo asqueroso, pero muy apropiado para un traidor a la patria. Apuesto a que llevaba bebiendo sin parar desde que te vendí la bombona.

Escupió el agua pero ya era demasiado tarde. La había tomado constantemente desde hacía una semana. Miró hacia la mancha consumida e inerte. Reconoció el diseño de la camisa que Art solía ponerse y sus zapatillas de deporte. El aguador le mostró una placa con el escudo de los cuerpos especiales de policía.

—Si no te importa voy a ir llamando a mis brigadas de exterminio. La dosis que te acabo de dar es más potente y la metamorfosis será más rápida. Los chicos se alegrarán de saber que vamos a limpiar otra célula terrorista esta noche. Imagino que los periodistas también se aprovecharán de la noticia. Hasta nunca, mutante.

Parker notó los primeros sarpullidos y picores. Correteaban por su brazo y le erizaban el cabello. Escuchó las sirenas romper con su aullido el nacimiento del alba. Cerró los ojos.

Terrell desenfundó su revólver.

© JOSÉ L. CARRASCO, 2011.

JOSÉ LUIS CARRASCO SÁNCHEZ-ALGABA
(España —Madrid, 1980—)

Publicó "Parusia" en la revista de ciencia ficción **Sci-Fdi**. En 2009 ganó el Premio de las Bibliotecas Públicas de Madrid por su relato fantástico de humor surrealista "El inocente Bulldozer". Ha resultado finalista de otros certámenes literarios, como el concurso de microrrelatos de serie negra TCM o el de relatos de Cercanías Renfe. Mantiene la ciberbitácora de literatura *El Bosque de Boole* (<http://elbosquedeboole.wordpress.com>).

FRANCISCO

ELIANA DOMÍNGUEZ

Dicen que lo vieron presuroso por las calles empedradas del pueblecillo iluminado por unas farolas que regalaban su escasa luz en medio de la noche. A aquel chico al que conocían como Francisco y que desapareció devorado por la oscuridad de la noche.

A las afueras del pueblo se dibujaba un viejo panteón y, a una corta distancia del cementerio, había una estación de trenes llamada “El Ramal”. Por allí desfilaban a diario ferrocarriles de carga y de pasajeros. Aquel pueblo se acallaba cuando partía el último tren a la medianoche.

Dicen que en aquel llano vieron parar a dos hombres cerca del panteón. El joven era Francisco; el otro, su hermano José.

Cuentan que José envió a Francisco a darle un mensaje a su padre, ya anciano, antes de partir al viaje

que harían al pueblo vecino. Ya que José era el hermano mayor, era el cuidador del pequeño rebaño de animales que transportaban y le había relegado la tarea de mensajero a Francisco. El viejo se había quedado en la humilde casa, sin atender al viaje, porque la luz de sus ojos se había apagado hacía ya tiempo. Ahora sólo se valía de sus sentidos restantes y de la experiencia que le había brindado la vida.

Dicen que, pasada la medianoche, escucharon pasos apresurados por las calles empedradas del pueblo. Amparados por las luces tenues que alumbraban la estación de “El Ramal”, algunos dicen que vieron la figura blanca de Francisco de pie frente al gran portón del cementerio. Algunos aseguran que el chico se veía como hipnotizado. Unos creen que regresó con su hermano para continuar el

tud—, puesto que había sido construida bajo el sello de los cinco pilares geométricos del Islam, con reminiscencias de pagodas y templos hinduistas (aunque, íntimamente, sólo para feliz regodeo de su verdadero hacedor, César Pelli, un laureado argentino nacionalizado en el Imperio de Occidente, con medalla de oro de The American Institute of Architects y, en su país de origen, con el Premio a la Vida y Obra —galardón otorgado por el Premio Obras Camex—).

Pero a él poco importaba quién los hubiera diseñado y construido. Su pragmatismo era el propio de los Tigres Asiáticos: no importaba si el gato era blanco o negro; lo importante era que cazase ratones. Y todos esos complejos le dejaban fortuna hasta para donar al paraíso de Alá... Así, desde la Aguja de Burg, en Dubai, Tokio, Seúl, Shangai, Yakarta, Bangkok, Singapur y hasta en la mismísima Kuala Lumpur le guiñaban un ojo cómplice. Desde allí, el mundo estaba controlado. ¡Volaría!

Entonces advirtió también, aunque tardíamente, que la soberbia y la avaricia era la locura de los cuerdos... Y un tenebroso escozor le reveló —*mientras creía volar*— que, en el Olimpo, Alguien había perdido la paciencia y

contagiado su furia a Otros, quienes no dudaron en decretar su madura e insana demencia irrevocable...

Por su parte, y, al mismo tiempo, desde los estudios SOM de Chicago, A. Smith, principal arquitecto de rasca-cielos del mundo, celebraba junto al experto de Cristie's, William Robinson, el triunfo de la ingeniería, la arquitectura y el arte infemales, y contaban con su Amo los petrodólares que sólo el estúpido orgullo humano sería capaz de producir por los siglos de los siglos, amén y amén, amén. Tanto Smith como Robinson sabían quién que era el verdadero e incomparablemente poderoso en este mundo. Y habían aprendido que, con Él, era mejor ser cola de león que cabeza de ratón. El Amo no admitía competidores. Pero disfrutaba de las alianzas. Sí, en política y negocios no había amigos ni entenados; sólo buenos o malos aliados. Así que dieron un mordisco al fruto del Árbol de la Vida, y brindaron con sangre fresca traída desde Dubai por un efímero pero próspero estilo de vida... Aunque la carcajada del Amo resultara su mejor premio.

© ADRIÁN N. ESCUDERO, 2011.

ADRIÁN NÉSTOR ESCUDERO
(Argentina —Santa Fe, 1951—)

En **NM** publicó “Malditos bichos” (# 1), “Cuidador de estrellas” (# 6), “El cálido Doctor Sin Nombre” (# 9), “*Vanitæ vanitatum*” (# 14), “El encuentro” (# 16) y “Entrevista a Rosa” (# 20). Este cuento apareció anteriormente en **Ila.Magazin** (www.ila-magazine.com/spanish/Artikelen/2010/12/23_LIDERAZGO.html), de Tángier (Marruecos).

con ese tapiz que sostenía entre sus manos oscuras, y adquirido para vestir la prepotencia de aquel limbo, de abrir una ventana y echarse a volar sobre ella como alguno de los protagonistas del antiguo libro persa de los Mil Mitos...

De hecho, la alfombra que tenía entre sus manos no era una cualquiera: heredera de la magia de los primeros fabricantes afincados en Kermán, venida de manos del gran macedonio, Alejandro Magno, y comprada en el reciente mes de abril, como récord mundial, en la casa de subastas Christie's de Londres —en la friolera de 9,4 millones de dólares—, estaba seguro de que el encanto, sutileza y equilibrio que trasuntaba traducía sólo una cosa: ¡volaría! ¡Podría volar! ¡Y... volaría! ¡Volaría! ¡Volar...!

De todos modos, si alguien hubiera podido aproximarse hasta él, habría podido apreciar que su atesorado perfume francés olía a azufre por aquellas alturas, y su delgada figura —engalanada con un mantón de seda púrpura—, puesta en el extremo máximo de la punta vidriada y mirador de aquella torre de épicas proporciones, parecía (reflejada al sol amanecido en su revestimiento de aluminio) un Ángel Rojo de imperecedero contomo, difuminado entre las primeras estelas de nubes que vagaban por el cielo oriental, interactuando con cautela en las mentes de los principales inversores de las grandes bolsas de valores de Asia...

¿Y cuándo se dio cuenta? ¿Cuándo se dio cuenta de que era, al fin, verdadera e incomparablemente poderoso?

Fue el silencio de Alá quien le dio, en lo más alto, la temeraria respuesta.

Miró a su alrededor y, obviamente, no vio a nadie cerca. Ni arriba, ni al lado, ni adentro, ni afuera... Ni siquiera a sus guardaespaldas había dejado subir con él. Su torre de ochocientos metros de altura y que alardeaba ciento sesenta pisos, el Burg Dubai, con núcleo y plantas de hormigón, cuya estructura se convertía en acero a partir de los quinientos metros, acababa de ostentar la cúspide más imponente y elevada de la Tierra. Y él era su dueño. Y había dibujado (¡por fin!) en el cielo la efigie de su Poder.

Todos estaban (a)bajo y (de)bajo de él. Y él, en su omnipotencia, no podía verlos. Su cuello había quedado tieso de tanto imaginar horizontes y olvidar entornos. Primero se había dado el lujo de comprar la mayoría accionaria de las Torres Gemelas de Kuala Lumpur, para convertirlas en sede de su ("estatal") compañía de petróleo Petronás, símbolo orgulloso de Malasia. De hecho, si no en belleza, el Burg Dubai casi las duplicaba en altura y esbeltez, así como le sacaba amplias ventajas al Rascacielos 101 de Taipei, en Taiwán (al que había desechado en sus compras, ni bien tomara conocimiento del inminente proyecto arquitectónico de Dubai).

Sin embargo, las Torres Gemelas de Kuala Lumpur habían capturado su obsesivo interés por las *Torres de Babel del Mundo*, tras la alcurnia de su imponente bifronte, con forma de minarete de mezquita —comunicadas ambas por una pasarela aérea de cincuenta y ocho metros de longi-

viaje después de cumplir con la encomienda para el padre. Otros no aseguran que haya sido así...

La gente dice que la esposa de José fue testigo de cómo el cuerpo magro del joven comenzó a consumirse ante su negativa de recibir alimento. Dicen que su acostumbrada alegría se desvaneció y que sólo deseaba dormir. Dicen que un día durmió para siempre aquel chico risueño de quince años.

Con una mezcla de dolor y desconsuelo, el padre le contó a los que asistieron al funeral de Francisco que aquella noche, la noche del mensaje, el chico había llegado muy exaltado, helado por el sudor frío, temblando y balbuceando palabras sin sentido. El hombre acertó a comprender muy poco; algo relacionado con un entierro... individuos ataviados con ropajes del color de la noche, multitud de figuras alargadas como cirios... alabanzas y... palabras ininteligibles pronunciadas por aquellos seres que parecían venir de ultratumba.

El padre recordó que, la noche del incidente, le respondió a su hijo que lo que había presenciado era un velorio. Un velorio ¡a las doce de la noche!

El anciano sabía que era imposible que lo que el muchacho había atestiguado fuese un entierro. En aquellos pueblos lejanos, donde la tradición pesa más que la urgencia, los habitantes no solían sepultar a sus difuntos en la madrugada; siempre esperaban al día siguiente.

El padre se explicaba a sí mismo que lo único que Francisco pudo haber visto era un evento sobrena-

tural. El viejo nunca le reveló al chico que lo que presenció fue una visión fantasmal de esas que reviven en medio de la noche como espectros, por algún capricho de lo desconocido. El silencio del anciano fue con el mero propósito de que su hijo olvidara lo sucedido. No se dio cuenta de que aquel evento se anidó en el ser del muchacho hasta consumirlo lento. Las pesadillas que lo despertaban en medio de la noche, sudoroso y sobresaltado, tenían siempre un mismo origen y una misma respuesta: aquellas figuras alargadas como de monjes espectrales que Francisco veía surgir de entre las sombras a la medianoche, aquellos cánticos que nunca se desvanecieron de su mente.

Fuera como fuese, la gente del pueblo recuerda que aquel joven risueño, de facciones amables, al que llamaban Francisco, no volvió a ser el mismo.

La gente cuenta que la imagen del chico de los cabellos azabache y la frente tan blanca como el mármol poco a poco fue desapareciendo de las mentes de los que lo conocieron. Su inconfundible figura se desvaneció de entre las calles del pueblo para sumergirse en el olvido. Algunos creen que su espíritu mora en el panteón que se encuentra frente a la estación de trenes "El Ramal", porque aseguran haber visto a un joven de piel mortecina y cabellos oscuros rondando el lugar cerca de la medianoche. Algunas personas dicen que el espíritu del muchacho fue atrapado por los seres fantasmales que vio en el panteón aquella noche y que

ellos causaron su muerte. Algunos dicen que Francisco murió de espanto...

Para la pareja de José y su mujer, Francisco perdió el interés por la vida, consumiéndose ante una enfermedad que ningún médico pudo diagnosticar. Esa era la explicación que consolaba sus corazones, frente al deterioro que llevó al joven a una inevitable muerte, pero el padre... el padre sabía que había algo más. Ese secreto que atesoró para sí, como una verdad,

hasta el día que ocupó su propia tumba.

El viejo jamás olvidaría el momento en que Francisco le relató los temibles acontecimientos presenciados en el panteón, las pesadillas constantes del muchacho, sus ojeras, la languidez repentina y sus labios sellados en el más profundo de los silencios, llevándose consigo el entiero fantasma de aquella noche infinita.

© ELIANA DOMÍNGUEZ, 2011.



ELIANA DOMÍNGUEZ MANSILLA
(México —Matamoros, Tamaulipas, 1988—)

Escribe desde los once años como afición. En julio de 2009 entró a un concurso local en su ciudad y su cuento fue elegido entre los diez mejores. Después publicó relatos de fantasía y terror en **NGC 3660** y en la revista argentina **Otro Cielo**.

Estudia la licenciatura de letras españolas en la Universidad de Texas, en San Antonio, y está a un año y medio de graduarse.

LIDERAZGO

ADRIÁN N. ESCUDERO

Con particular afecto y admiración, al escritor africano MOHAMED AHMED BENNIS, desde el secreto e inconfesable deseo de que este relato pueda, algún día, incorporarse al libro "Las mil y una noches"...

"Y dijo: haré que la soberbia y la avaricia sea la locura de los cuerdos..."

Mientras el cuerpo se hallaba despedazado en la vereda, y el flujo de autos seguía su marcha rutinaria por la gran avenida que bordeaba al edificio, aquel hombre enjuto y de negro traje, como un guardaespaldas del Vaticano, pero de rostro aguileño y ojos achinados, se dedicaba con destreza y rapidez a tomar la mayor cantidad de sangre que manaba como un torrente entre los órganos desquiciados y alguna de sus partes diseminadas sobre la ancha acera, con peatones que sólo de reojo osaban mirar aquel acto repugnante, pero sin atinar a nada; hasta que, alguien, quizá conmovido por la horripilante escena, tomó su celular y a los diez segundos el sonido de una ambulancia o de un comando policial se hizo escuchar a lo lejos dirigiéndose al lugar. Fueron los instantes suficientes para que el hombre de negro concluyera su tarea, escribiera un número

de tres cifras con dicha sangre sobre el tapiz púrpura legítimo en el que, se suponía, había sobrevolado el muerto en su caída, y desapareciera de la vista sin dejar rastros...

Ahora bien, ¿cuándo se dio cuenta el jeque Abu abd-Allah Muhammed el-Gahshigar que, verdadera e incompáramente, era... un líder poderoso, una joya preciosa del *management* planetario, en estos difíciles tiempos de prepotencia, autocracia y competitividad, donde el fin justificaba a ultranza los medios y los lobos se disfrazaban más que nunca de corderos? ¿Y los corderos no aprendían nunca a disfrazarse de lobos o de leones, haciendo de la astucia la mejor arma de su prudencia?

En realidad, era una sensación que venía poseyendo desde la cuna de una familia feudal. Pero esta vez estaba exultante. Hubiera sido capaz,

No sé si alguien en efecto lleva las estadísticas de consumo o respeto y cumplimiento de las leyes que tantas veces incluyen en su propaganda publicitaria, pero la verdad, ya no me importa. Al fin voy a recurrir a la solución que tantas veces he querido recomendarles a mis pacientes, pero que jamás me he atrevido a recetar.

Si usted lee, escucha, huele, siente o degusta este mensaje, lo exhorto a remediar su mal hoy mismo. Yo ya no aguanto; siento que he perdido la razón y con gran esfuerzo trato de darle coherencia a este último mensaje, uno que promoverá la religión que acaba de crear mi vecino del piso de abajo y el cual ya recibió autorización oficial.

“La Iglesia del Último Remedio” vendrá, eso creen ellos, a ser la solución final a la tecnofobia que azota a la humanidad, con el único precepto de su canon religioso: el suicidio.

Este mensaje es mi evangelio y última aportación a la humanidad.

No tiene caso seguir, hermanos, si no podemos gozar ni de nuestros

propios sentidos ni de nuestra propia humanidad.

Es penoso reconocer que lo que me motivó a tomar la decisión de quitarme la vida para evitar esta sobredosis sensorial fue el mensaje que me dio el condón que utilicé hoy, al hacer el amor por última vez con mi esposa.

Su advertencia fue clara y directa. Si volvía a pensar en mi vecina del 3113 al tener relaciones sexuales con mi mujer, no tendrían más remedio que decirle, para que me demandara legalmente y purgara yo la pena respectiva, por fantasear con ella sin su consentimiento.

El ataque de ansiedad que sufrió mi mujer al escuchar la recomendación, que pensó que también era para ella, fue lo que nos motivó al pacto suicida que nos mantendrá juntos por la eternidad.

Espero que me perdonen los pacientes a quienes no me atreví a recetarles el mismo remedio.

© FEDERICO SCHAFFLER, 2011.

FEDERICO SCHAFFLER
(México —Nuevo Laredo, Tamaulipas, 1959—)

Fue presidente fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía (AMCyF), editó la revista **Umbrales: literatura fantástica de México** (1992 - 2000) y coordinó el taller literario Terra Ignota (1990 - 2002).

En 2007 publicó la antología personal *Quimeras*, que incluyó este cuento, producto de una beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tamaulipas.

El Estado de Tamaulipas (México) lo designó “Creador Emérito 2011” del por su trayectoria de más de veintiocho años como creador y promotor de la ciencia ficción mexicana.

LA SAGA DEL UNIVERSO PERDIDO

M^a DEL PILAR JORGE

Eran las tres de la mañana cuando el hombre a quien todos conocían como Marck Damian se estremeció. Su cabeza osciló con un movimiento espasmódico, abrió los ojos y se enderezó en el asiento; la alerta de su correo instantáneo acababa de avisarle que le había llegado un nuevo mensaje.

Una pila de libros cayó al suelo: páginas impregnadas de palabras que destilaban conocimientos sobre ciencia ficción, fantasía y física se convirtieron en una repentina muralla que lo rodeó. Pero la mirada de Marck Damian se mantenía obsesivamente fija en la página abierta en el procesador de textos de su computadora. El monitor le devolvía un luminoso y blanco vacío. Apenas si había conseguido escribir un párrafo de la nueva novela; el mal humor y la bronca no son los acompañantes ideales de la inspiración.

—¡Vamos, Marquitos! —El recuerdo de las palabras insistentes de su editor, regresó machacante a su memoria—. El público te ama, se pelean por conseguir tus libros; no me podés aflojar ahora. Tenés que terminar esa saga.

La Saga del Universo perdido. Se frotó los ojos; él era quien estaba perdido, frito, en el horno. El protagonista, el viajero intergaláctico Paul Philips, archiconocido por su audacia y su gran poder de seducción, con sus inacabables peripecias había logrado opacar el nombre de su creador. En las librerías ya no pedían las novelas de Marck Damian; todos reclamaban la última novela de Paul Philips. Para el mundo era Paul Philips quien existía; su creador se había convertido en una sombra, en el eco del escritor que alguna vez había sido, antes de que su primer *best*

seller trepara en las ventas comerciales y en la popularidad de los fanáticos del género. Para eso había una sola solución posible y, aunque sabía que sus lectores lo iban a odiar, estaba decidido a eliminar a su personaje. Pero la forma, la manera de hacerlo era lo que le preocupaba: cómo destruir a alguien que se ha escurrido de mil peligros.

Se levantó y se dirigió hacia la cocina. Miró, con indiferencia, la cafetera eléctrica. Buena chica Vicky, se la había dejado preparada antes de irse a dormir, pero él necesitaba algo más estimulante. Abrió la heladera, eludió las gaseosas y su mano se extendió hasta aferrar la botella de cerveza. La sacó y se sirvió un vaso colmado, del que bebió, con avidez, un largo trago. No le iba a servir demasiado como inspiración para escribir, pero por lo menos era una excusa tan buena como cualquier otra para dejar de hacerlo, como mínimo, por esa noche.

Abstraído, regresó a su escritorio; desconectaría la computadora y, después de emborracharse debidamente, subiría al dormitorio. Pero el espectáculo que observó desde la puerta lo regresó, por un breve momento, a la amarga sobriedad: alguien, otra persona, en fin, un extraño, se encontraba sentado ante su computadora. Era un individuo pequeño, de apariencia maciza y múltiples brazos carnosos. La criatura miraba con atención la pantalla y parecía reírse sin ruido.

—¿Quién sos? ¿Por dónde entraste?

El hombrecito lo miró con sus grandes ojos azorados.

—Soy Dubic y vine por *e-mail* —contestó, con una voz tan suave y aguda como la de una criatura.

Marcos miró la botella. Era cierto que ya se había bebido la mitad de su contenido, pero estaba acostumbrado a tomar mucho más y permanecer lúcido. Estaba dormido. Ésa era la única explicación posible; dormía y ese extraño, tan parecido a los alienígenas que solía describir en sus historias, era parte de la pesadilla. El hombrecito pareció leer sus pensamientos.

—No soy una pesadilla; soy Dubic y vine por *e-mail* —insistió—. Ha sido un viaje muy divertido. A los onianos nos alegra mucho que ustedes hayan inventado Internet. Nos permite acercarnos a este planeta sin necesidad de usar espacio-naves. Además, la información que brindan es muy interesante y vuestras historias son muy instructivas.

Marcos se dejó caer en el sillón y bebió un largo sorbo de cerveza. Después de todo, ante ese espectáculo era totalmente inútil pretender que se encontraba lúcido.

—¿Instructivas? Lo que estás leyendo es el comienzo de algo que pretende ser un drama. Es una ficción, una maldita ficción que no puedo escribir y encima te reís. Pero, ¿qué estoy haciendo? Hablo con alguien que no existe.

Marcos cerró los ojos un momento; necesitaba exorcizar a esa presencia. Sin embargo, cuando volvió a mirar, Dubic seguía ahí.

—¿Qué querés? —gruñó, por fin—. Digo, porque si pueden meterse en Internet no precisabas venir al

sólo utilizaba un porcentaje mínimo de su potencial y aún así era el rey de la creación. Lamentablemente, muchos de los que utilizan ese 10% de su cerebro lo usan para generar los millones de mensajes publicitarios y avisos precautorios que nos bombardean sin misericordia las veinticuatro horas del día.

El descubrimiento de los mensajes teledirigidos directamente al cerebro, mediante vibraciones subsónicas que impactan nuestros cuerpos, vino a terminar con el último reducto de privacidad que teníamos.

No era suficiente con que las redes nos identificaran, con que los lectores ópticos supieran quiénes éramos y qué cereal comprábamos habitualmente o con que el periódico se dirigiera directamente a nosotros, ¡por nuestro nombre!, para decirnos las mentiras que las transnacionales y los gobiernos corporativos nos alimentaban diariamente.

Vaya, ni siquiera en la evacuación física había discreción. La semana pasada vino un paciente, de los que todavía no se enteran que nada puedo hacer yo, o nadie, por ellos, para decirme que una espantosa urticaria cubrió su cuerpo cuando el papel higiénico que recién había utilizado le dijo que era propenso a las hemorroides y que por lo tanto debía empezar a usar cierta preparación medicinal. Lo más ridículo era que todavía portaba el cupón, bueno por una muestra gratuita del producto, que había impreso, en absoluta complicidad, el sanitario que acababa de utilizar.

Por ese y muchos otros casos, he optado por resolver este dilema

de la humanidad de la mejor manera, por lo menos desde mi perspectiva, a través de este comunicado masivo.

Hoy les receto el mejor remedio para la tecnofobia. También porque siento que es ridículo que las múltiples organizaciones de defensa de todo lo que existe o alguien puede inventar o concebir, tienen tanto poder de cabildero que no solo tenemos que vivir ahora bajo el nocivo impacto permanente de avisos comerciales y políticos, sino también de millares de avisos, advertencias, amenazas de demandas, recomendaciones y hasta oraciones de organizaciones y cultos.

Exigen de todo; desde el respeto a los derechos humanos hasta el de la flora y la fauna, pasando por el de la Madre Tierra, el Espíritu Azul de las inteligencias artificiales de los sistemas informáticos y el de la libertad de la religión que alguien inventará esta semana. Lo peor es que sus diseñadores y creativos son tanto o más peligrosos, insidiosos y persistentes que los de las grandes agencias de publicidad.

Utilizan todo tipo de tecnología para hacernos llegar sus mensajes: medios electrónicos, virtuales, de conexión directa al cerebro, las vibraciones que les mencioné hace un rato, sensores y proyectores de olores y feromonas, estimulantes de la piel, microcápsulas informativas en las bebidas y alimentos, nanopublicistas que vuelan como esporas primaverales, ropa con tejidos inteligentes (algunos más que quienes los usan), paredes que no sólo oyen, sino que incluso nos hablan y miles de opciones más.

TECNOFOBIA

FEDERICO SCHAFFLER

El número de pacientes a quienes puedo atender es inacabable y lo irónico es que solo tengo un remedio que ofrecerles. Se calcula que un 10% de la raza humana sufre de la peor calamidad que aqueja al mundo actual: la alergia sensorial. No es una enfermedad común producida por un virus o una bacteria. Según algunos es psicosomática. Para otros es una fobia que manifiesta su reacción de una manera alérgica diferente en cada ser humano. De ahí el dilema de que no puedo recetarles lo que para mí es el más indicado medicamento para ellos. Ni yo ni ningún otro médico sobre la faz de la Tierra nos atreveríamos.

“Tecnofobia” la han denominado los representantes de la prensa mundial del 2065. Yo la considero una permanente sobredosis de los sentidos, que es prácticamente imposible

evitar y que nos va a acabar antes que tarde. Es más, de acuerdo con las estadísticas más recientes, el incremento es geométrico. Cada día, hay más y más contagiados. Pronto, calculan que en unos trece años más, será el 90% de la humanidad quien la padezca.

Sólo los aborígenes, los ermitaños y los ciego-sordo-mudos la evitarán, pero éstos últimos únicamente en dos terceras partes de sus sentidos. Aún les quedarán el tacto y el olfato para sobrecargarlos de información. No sé quién podrá auxiliarlos en sus dolencias, si es que quedan médicos para atenderlos, porque yo no estaré disponible para resolver sus problemas físicos o mentales.

Decían hace décadas que el cerebro es infinito en su capacidad, incluso más que las actuales computadoras cuánticas. Decían que la humanidad

living de mi casa para leer nuestra información.

—Vine a buscar a Paul Philips.

—¿A quién? —El solo escuchar el nombre de su personaje hizo que Marcos perdiera la poca diplomacia que le quedaba a esa hora de la madrugada.

—Al comandante Paul Philips; el Gran Emperador de Onian lo desea conocer.

—¿Para qué lo desea conocer?

—Eso es información confidencial; sólo se la puedo transmitir al comandante Philips. ¿Dónde está él? —siseó el oniano, en un tono de voz que había dejado de ser plañidero.

—El comandante... Partió en una misión —tartamudeó Marcos, mientras se dejaba caer en un sillón.

—Según nuestras coordenadas, en este ridículo cubículo que ustedes llaman “vivienda” habita Philip. ¿Tú quién eres? ¿Y por qué lo ocultas?

—¿Yo ocultar a ese idiota? —Las palabras escaparon de su boca antes de que pudiera evitarlo. Dubic, de un salto, estaba delante de él encarándolo, mientras agitaba como aspas sus graciosos brazos.

—Traidor y desagradecido como todos los humanos; él te cobija en su casa y tú lo desprecias. Ya se lo haré saber cuando lo vea. ¿Quién te crees que eres?

Indudablemente el oniano era testarudo y persistente.

—Yo soy su... —Marcos vaciló por un instante—. Yo soy su asistente, eso soy, y te informo que este “cubículo” es mi casa; aquí vivimos mi esposa y yo y, en cuanto a Philips, él llega y se marcha cuando se le

da la real gana, y no puedo hacer nada para evitarlo. —Una nota de desaliento culminó el último comentario.

Dubic se sentó al lado de Marcos y señaló la botella.

—No deberías estar tomando eso; no parece hacerte demasiado bien.

—Mm... Es deliciosa.

—Tengo más en la heladera; te puedo servir un poco, si quieres.

—No quiero tu brebaje; sólo al comandante Philips.

—Mira, hombrecito, únicamente te puedo informar dónde no se encuentra Paul Philips en este momento: no está ni en mi CPU, ni en ninguna parte de esta casa, ni siquiera en mi cabeza, pero te puedo ofrecer...

—¿Tu cabeza? ¿Quieres decir que existe en un plano alternativo cuya ubicación tempoespacial se encuentra en tu mente?

—Suena bonito, ¿verdad? Pero ya no está en mi mente; la abandonó hace rato. Ahora habita en la de mis lectores, incluso en la de mi esposa. Oye, amigo, ¿quieres un poco de cerveza?

—¡No! No quiero tu cerveza. Me llevaré a tu esposa; es posible que el Gran Emperador me condecere por esto.

Marcos se incorporó de un salto y la habitación comenzó a dar vueltas en torno suyo. Se apoderó de la botella, ahora vacía, y avanzó hacia Dubic con gesto amenazante.

—Oye, enano, ni se te ocurra tratar de tocar a Vicky o te haré pica-dillo y te daré de comer a los perros...

—Sintió que su lengua se negaba

a dejarle pronunciar claramente las palabras, pero continuó hablando—. ¿Se puede saber cómo miércoles pudiste haber salido de un *e-mail*, después de todo?

Dubic le sostuvo la mirada con tal intensidad que Marcos trastabilló.

—Yo no soy ni un hombrequito ni un enano. Soy un edecán al servicio del Emperador; mi misión es...

—Sí, ya sé, llevar a Paul Philips a tu planeta —resopló Marcos.

—Exacto, y si Paul Philips pudo salir de tu cabeza, no veo por qué yo no puedo salir de un *e-mail*.

—Correcto, tú ganas, pero para qué lo quiere tu emperador, si se puede saber.

—Para que nos ayude a derrotar a los habitantes del planeta Folion.

—¿Y en Folion toman cer... vez?

—se escuchó preguntar Marcos. —¡No! Y tampoco en Onian ingerimos brebajes con contenido etílico; y ahora, viéndote convertido en una piltrafa, entiendo por qué —chilló Dubic.

—Me estás insultando y encima abusas de mi hospitalidad; descalificas algo que nunca en tu vida probaste antes.

—Escucha, humano... ¿cuál dijiste que era tu nombre?

—Jamás te lo dije; soy el escritor Marck Damian, ¿te suena?

—Un poco; creo haber leído algo sobre ti en Internet. No pretendía despreciarte; mira, si prometes ayudarme con el comandante Philips, probaré ese líquido que llamas “cerveza”.

—Trato hecho. —Marcos marchó hacia la cocina y regresó con dos

botellas y una copa más. Después de llenarla, se la ofreció a su huésped. Dubic bebió unos pequeños sorbos, con la desconfianza pintada en sus facciones, pero después de dos o tres tragos vació su copa de golpe.

—¡Más! —dijo—. Quiero más.

Marcos llenó las dos copas; la del oniano hasta el borde y la de él la dejó por la mitad.

—¡Más! —Esta vez la cerveza desapareció rápidamente dentro de la boca de su huésped.

—Oye, tú me simpatizas; tal vez yo te pueda ayudar a ti y tú a mí —murmuró Marcos, casi como para sí.

—Tú también me simpatizas —enfaticó Dubic, mientras agitaba sus brazos—. Si comercializáramos este brebaje en mi planeta, no necesitaríamos que ningún humano quisquilloso nos ayude.

—Brindo por eso. —Marcos volvió a llenar las copas. Su agotamiento le impedía esbozar pensamientos coherentes, pero alcanzaba a tener conciencia de que Dubic había comenzado a hacer extrañas comparaciones entre las peripecias que Marcos narraba en sus novelas de aventuras y las historias de héroes mitológicos y dioses antiguos.

—¿Y cuál te parece que es la mejor novela? —logró preguntarle al oniano, en un lapso de lucidez.

—Ésta, la última que estás escribiendo.

—¿Y por qué te gusta?

—¡Ah! ¡Porque de toda la información que hemos recopilado se desprende que, para ustedes, nosotros siempre somos los deformes y los

dores desde el interior consiguieron derribar al fin las puertas, Rufi era sólo un mutilado cadáver que se desangraba lentamente en el escenario. Empero, su desfigurado rostro exhibía

una extraña mueca de satisfacción que tuvo la virtud de sorprender tanto a propios como a extraños.

© JOSÉ C. CANALDA, 2011.



JOSÉ CARLOS CANALDA
(España —Alcalá de Henares, 1958—)

Colaborador tanto en medios en papel como electrónicos, españoles e hispanoamericanos, en **NM** publicó “Contacto fallido” (# 4) e “Historia de un solitario” (# 12).

Tiene su página personal en www.jccanalda.es.

Fe de erratas



Por copiar los datos sin los anteojos, en la biobibliografía del nº 21 de CÉSAR RAZIEL LUCIO PALACIO su fecha de nacimiento apareció como 1961, cuando la correcta es 1981.

Dado que comenzó a escribir en 2009, eso quiere decir que no ha perdido veinte años de producción literaria, sino que aún tiene tiempo para disfrutarlos.

después, su mano derecha empuñaba el objeto oculto hasta entonces: un enorme y afilado machete al que las chillonas luces de colores que iluminaban el escenario arrancaban destellos sanguinolentos en su bruñida superficie. En un instante los gritos soeces, los silbidos y los pateos que hasta ese mismo momento habían atronado el ambiente desaparecieron como por ensalmo, sustituidos fulminantemente por un silencio sepulcral en el que se mascaba el drama. Algunos espectadores de las últimas filas, repentinamente inquietos, intentaron alcanzar las puertas de la sala; tarea inútil, puesto que Rufi había sobornado previamente a los porteros, consiguiendo que éstas, contraviniendo la normativa legal, permanecieran cerradas a cal y canto. Del acceso al escenario desde los camerinos se había encargado ella misma.

Sin embargo, la mayor parte del público continuó sentado en sus butacas contemplando hipnotizado la escena que ahora se desarrollaba vertiginosamente ante sus ojos. Tras unas efectistas fintas, una Rufi que parecía transfigurada en una mitológica diosa guerrera asió con la mano libre el extremo de su larga y suelta cabellera, la cual cortó de un rápido y fiero tajo a ras mismo del cuero cabelludo.

El rugido mitad de horror mitad de admiración que brotó del fascinado público hubiera servido por sí solo para satisfacer plenamente sus ansias de triunfo; sin embargo, la actuación no había hecho sino empezar. Arrojan-do al suelo con desprecio su trofeo, Rufi acometió con decisión suicida el siguiente paso de su apoteosis

final, cercenando limpiamente sus dos orejas con sendos certeros mandobles.

La sala era ahora un animal enjaulado que rugía rabioso en el paroxismo de la excitación. Algunos aporreaban febrilmente las puertas en un estéril intento de abandonar el recinto; otros, los más osados, intentaron saltar al escenario, siendo inmediatamente detenidos por la amenazante arma de la rabiosa Rufi. Los más permanecían sentados en sus asientos y no faltaba quien, doblado en un rincón, vomitaba silenciosamente, ignorado por sus vecinos más próximos.

Rufi sabía que a partir de entonces el tiempo era oro, por lo que, apenas consiguió ver despejado el escenario, segó con toda limpieza sus dos pechos, arrojando los sanguinolentos despojos —cual si de una Águeda pagana se tratara— a los aterrorizados ocupantes de las primeras filas. Un nuevo golpe y sus genitales, protagonistas de tantas y tantas historias, siguieron el mismo camino.

El final se aproximaba. La pérdida de sangre, por un lado, y la alarma que con toda seguridad había corrido por el exterior del teatro, por otro, hacían que sólo le quedaran unos segundos para consumir su plan; los suficientes para que, con un último esfuerzo, se abriera de arriba abajo el vientre y, soltando por vez primera el ensangrentado machete, sacara con ambas manos sus propios intestinos en una triunfal manifestación de victoria.

Cuando poco después los esfuerzos mancomunados de la policía desde el exterior y de los aterrados especta-

monstruos que hay que destruir. Pero en esta nueva historia me da la impresión de que van a ganar los alienígenas.

A Marcos le daba vueltas la cabeza. Ya no veía a un Dubic, eran dos o tres; se reían y bailaban a su alrededor.

—Tal vez tengas razón —murmuró conciliador, mientras sus ojos se cerraban de sueño.

—¡Más! —La voz, ahora ronca, de Dubic lo sobresaltó, obligándolo a incorporarse. Dubic había comenzado a golpear la copa vacía contra la mesa, para llamar su atención—. Te voy a hacer una confidencia —le dijo.

Marcos tenía demasiado sueño; apenas si logró balbucear.

—Soy todo oído...

—Lo que te conté sobre el planeta Folion era una mentira. En realidad, el Gran Emperador planea destruir al comandante Philips; en mi mundo lo consideramos un ser desalmado, el peor de todos, ya que elimina alienígenas como si fuéramos bestias estúpidas y nuestro Emperador detesta la discriminación.

—Tiene toda la razón; para mí será un placer dejar el problema en sus manos —alcanzó a decir Marcos antes de quedarse dormido—. Puedes llevarte toda la cerveza, si quieres...

Sonidos familiares: muebles que se corren, una persiana levantada, olor a café y a tostadas recién hechas. Marcos sintió la mano de Vicky, acariciándolo. Olía a lavanda.

La rutina. Sonrió, se desperezó, abrió los ojos y miró a su alrededor. La habitación era un desastre: libros

y papeles alfombraban el suelo. Miró la pequeña mesa, pero Vicky ya había retirado los signos delatores de la extravagante reunión que había tenido lugar allí mismo, hacía sólo unas pocas horas. ¿Había sucedido realmente o era sólo el fruto de una de sus innumerables borracheras? Una alucinación demasiado vívida, para su gusto; debería pedir ayuda o, por lo menos, dejar de beber... Por un tiempo, claro.

—Amor, te dormiste en el sillón. ¿Problemas con la nueva historia?

—No, creo que ya no. —Esbozó una sonrisa, la primera en mucho tiempo—. Tengo nuevas ideas para la última novela de la *Saga del Universo perdido*. Perdón por el desorden; un buen café y una ducha, y comenzaré a trabajar en serio en la historia.

—¿Te ayudó tu amigo?

—¿Mi amigo? —repitió Marcos atontado, mientras aceptaba la taza de café de manos de su mujer.

—Sí, ese hombrecito que estuvo contigo anoche. Cuando se marchó llevaba puesta una campera y un sombrero muy parecidos a los tuyos.

Marcos se estremeció. ¡Maldito ladrón!

—¿Por dónde se fue? —preguntó, con un hilo de voz.

—Por la puerta, por supuesto. Era muy gracioso y se notaba que estaba bastante borracho: daba vueltas y trastabillaba. Fue muy amable conmigo, pero me miraba de una manera tan extraña que me dio un poco de miedo; además, me dijo algo que no comprendí.

—¿Qué te dijo? —Marcos comenzó a transpirar.

—Después de pedirme permiso para llevarse el último porrón de cerveza, me dijo que yo tenía una cabeza muy hermosa y que esperaba poder invitarme algún día a visitar Onian. Está un poco loco, ¿no?

De sólo pensar en la implícita amenaza, Marcos se atoró con el

café. Hubiera deseado poder tranquilizar a Vicky, pero las palabras murieron en su garganta cuando la alerta de su correo instantáneo le advirtió que acababa de recibir un nuevo mensaje.

© M^a DEL PILAR JORGE, 2011.



MARÍA DEL PILAR JORGE
(Argentina —Buenos Aires, 1946—)

Además de ser asidua colaboradora de **NM**, sus cuentos breves han sido publicados en la revista **Axxón** y en las ciberbitácoras “Químicamente impuro”, “Breves no tan breves”, “Ráfagas y parpadeos” y “Poemia”.

Actualmente participa en el grupo literario Heliconia. Su cuento “Una simple cuestión de supervivencia” integra la antología *Visiones 2009*, que editó la AEFCFT, y en 2010 su cuento corto “Otilia” fue incluido en la antología *Grageas 2. Más de cien cuentos breves hispanoamericanos, en el año del Bicentenario*, del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (Buenos Aires, Argentina).

En la ciberbitácora www.anillosinvisibles.blogspot.com pueden leerse sus microficciones y poemas. Entre el material inédito se encuentra su primera novela de ciencia ficción, próxima a salir publicada.

haría muy bien en promocionarlo como tal.

El fulano era duro de mollera, pero en modo alguno se lo podía tachar de tonto y, aunque insistió una y otra vez en su deseo de conocer los detalles, al final acabó plegando velas, convencido por la vehemente Rufi de que algo gordo se estaba realmente cociendo. Y así, entre promesas de echar el resto en la promoción del simpar espectáculo y lamentos por la retirada definitiva de su mejor estrella (al parecer ya no se acordaba de sus reiteradas amenazas de despido), el avisado gerente se dispuso a organizar lo que olfateaba que sería el mejor negocio de toda su vida.

La fecha quedó fijada a un mes vista, período de tiempo que se tomó Rufi para preparar convenientemente la escenografía. Encerrada en su casa a cal y canto, nadie salvo ella supo lo que se cocía entre esas cuatro paredes mientras todos los medios de comunicación afines, siquiera tangencialmente, al mundillo del erotismo se hacían eco de una singular campaña de prensa hábilmente organizada por el dueño del teatro en el que iba a tener lugar la tan esperada representación.

Y llegó el día. El pequeño teatro estaba abarrotado como no la había estado nunca, a pesar de los altos precios a los que se habían cobrado las entradas; al menos desde este punto de vista, la iniciativa había sido un éxito. Al otro lado del todavía bajado telón, una Rufi ataviada de plumas y lentejuelas esperaba pacientemente el momento. Ya era demasiado tarde para echarse atrás, hecho que le in-

fundía un valor que estaba muy, pero que muy lejos de sentir.

Llegaron los avisos y, tras ellos, se alzó el telón: comenzaba el espectáculo. Rufi empezó tal y como lo había hecho siempre; en su estrategia particular había dividido su actuación en dos partes perfectamente diferenciadas, la primera de las cuales no podía ser más convencional. Esperaba, de hecho, impacientar a la gente, buscando así un mayor interés al epílogo —porque epílogo era— de su, a pesar de todo, inusual espectáculo. Así que, todo era cuestión de echarle paciencia e, incluso, morosidad; la inquietud humana haría por sí sola el resto.

Fue justo cuando se despojó de su última prenda, quedando completamente desnuda a los ojos del público, cuando comenzaron a oírse los primeros silbidos. No les faltaba razón en su protesta; ellos habían pagado por ver algo más... Y no los defraudaría. En un rincón del escenario, habitualmente desnudo durante sus actuaciones, se alzaba un pequeño atril forrado en telas de vivos colores que escondía, oculto a todos, el secreto de última actuación. Absolutamente nadie, ni tan siquiera los propios empleados del teatro, sabía qué era lo que se escondía detrás del decorado objeto; solamente Rufi conocía su exacta naturaleza, puesto que ella misma lo había depositado en ese lugar justo antes de levantarse el telón. Sorpresa absoluta, pues, aunque sólo ya por unos pocos segundos. El momento definitivo había llegado al fin.

Dando un ágil y estudiado salto, Rufi se colocó junto al atril. Un instante

sario. Y no es que le importara lo más mínimo desde el punto de vista del pudor; hacía muchos años que lo había perdido. Pero la sublevaba tener que renunciar a su sofisticado arte en beneficio de unas zafias exhibiciones que tenían mucho más de alarde anatómico que de elegante erotismo. Además, llegaba un momento en el que ya no sabía realmente qué hacer; no le quedaba nada más para *enseñar*, salvo que se diera la vuelta como un guante para mostrar sus propios entresijos al modo de las holoturias, esas parientes sin brazos de las estrellas de mar que, cuando se sienten atacadas, expulsan los intestinos por la boca para librarse de sus enemigos.

Su trabajo se fue convirtiendo poco a poco en un verdadero infierno. Humillada por las exigencias cada vez más absurdas que le planteaban y asqueada por la abyección de todos los que la rodeaban, Rufi estuvo varias veces al borde mismo de la depresión nerviosa y, al menos en una ocasión, llegó a pensar muy seriamente en el suicidio. No lo soportaba; era algo superior a sus fuerzas. Pero no tenía más remedio que aguantar siquiera durante algunos años, si no quería verse obligada a arrastrarse por las calles a la busca desesperada de un bilioso viejo verde o de un jovencito desplumado en busca de su primera machada.

Pero las exigencias eran cada vez mayores y —esto era lo peor— más imposibles de cumplir, por mucho que se esforzara por arrinconar en lo más recóndito de su alma todos sus escrúpulos, por nimios que éstos fueran. Amenazada de despido desde

hacía ya algún tiempo, veía cómo su mundo (ya bastante erosionado, por cierto) comenzaba a derrumbarse a pasos agigantados, sin que ella pudiera siquiera apuntalarlo. Ya no había más escalones por debajo, como muy bien sabía. Era su última carta, la última de una baraja en la que se habían hecho ya todos los descartes posibles.

Sin embargo aún había una solución, o al menos así le pareció a ella cuando el empresario le llegó con el enésimo ultimátum. No era sino cuestión de buscar un espectáculo más atrevido y llamativo que todo lo que había estado haciendo hasta entonces; que todo, también, lo que se hacía en otros lugares. Era una tarea realmente difícil, puesto que, al menos aparentemente, ya se había hecho todo; pero algo todavía quedaba, algo que le podía permitir retirarse sirviendo al tiempo de apoteosis y de canto de cisne. Porque lo que estaba meridianamente claro era que esa actuación habría de ser necesariamente la última; el esfuerzo era tal, que nunca podría volver a repetirla. Pero se marcharía, eso sí, con la cabeza bien alta y la convicción íntima de haber pasado a la pequeña historia del erotismo por méritos propios. Sí, valía la pena, a pesar del importante sacrificio que requería.

Habló con el irritante empresario. No le contó, ni mucho menos, la totalidad de su plan; tenía que ser una sorpresa para todos si quería obtener el efecto deseado. Sí le dijo, no obstante, que su espectáculo de despedida iba a ser algo nunca visto y que

Fueron años de dominación. Pero los que hoy nos sojuzgan están sometidos a quienes nos contaminan.

O tal vez no. Quizá nosotros seamos la contaminación. La historia. El destino.

Ellos —a diferencia de nosotros— siempre temieron la destrucción. Durante mucho tiempo creyeron que sería por su propia mano, lo cual es otra muestra de la soberbia que los embarga.

Sin embargo, siempre estuvimos ahí: junto a ellos. Perseguidos pero conscientes de que somos más astutos y más rápidos. Más unidos.

Nos temen por lo que somos y por lo que traemos con nosotros. Nos odian por lo que representamos y les recordamos: lo oculto, lo oscuro, lo pasado.

Hubo ocasiones en las que fuimos aliados en sus guerras y lo me-

moran con espanto o con vergüenza. Varias veces entramos al Viejo Mundo desde las estepas y estamos por hacerlo de nuevo. También estamos creciendo en China y en lo profundo de las selvas de Sudamérica y de África. Un poco diferentes, quizá, pero siempre como parte de un todo.

De nada les sirve su tecnología. Los que quedamos vivos luego de los genocidios a los que nos someten nos multiplicamos enseguida para volver a enfrentarlos.

Más de una vez pensaron que nos habían derrotado. Luego descubrieron que no era así. Se trata de una cuestión de ideología. Siempre estamos en los márgenes —con los pobres que ellos abandonan—, pero no dejamos de infiltrarnos en sus ciudades más modernas, prósperas y populosas.

En realidad, ellos no nos interesan; no nos son de ninguna utilidad. Por el momento los debilitamos mientras siguen ocupados en cosas tan banales como el comercio, el dinero y el prestigio, pero llegará el día en el que inundaremos otra vez las calles y lucharemos con uñas y dientes para aniquilarlos en sus casas. Muchos moriremos, mas la victoria será nuestra.

Hoy —por ejemplo— me tocó a mí. Siento cómo voy muriendo atenazado por la asfixia y las hemorragias

internas, atrapado en una trampa de la que no puedo escapar. Pero sé que los gérmenes que sembré están realizando su trabajo, que mis emisarios están inoculando virus más terribles que los de la vieja peste.

También sé que no me importa; en definitiva, así es la vida. Y así —del mismo modo— llegará el día en el que el hombre será muerto por mi pueblo: el pueblo de las ratas.

© SANTIAGO OVIEDO, 1995.



SANTIAGO OVIEDO
(Argentina —Buenos Aires, 1960—)

En **NM** reeditó “Tercera expedición a Iliros IV” (# 3) y “La habitación 13” (# 12), así como “Condenado a muerte escapa” (# 9), escrito en colaboración con DANIEL BARBIERI.

Este texto se publicó originalmente en 1995 en una revista literaria de ENRIQUE CANTEROS, in *memóriam*.

guía enjugar los gastos y... Deseaba una renovación, para lo cual había contratado a una pareja de jovencitos (ambos varones, al menos genéticamente) que prometían ser la sensación del año. Él lo sentía mucho, estaba muy satisfecho de su relación profesional a lo largo de todos estos años, pero le gustaría que se diera cuenta de que...

Rufi se vio en la calle, pero no por mucho tiempo, aunque, eso sí, tuvo que aceptar el descenso de unos peldaños en su hasta entonces impoluta carrera profesional. Su nuevo teatro no era tan elegante, ni los asistentes al mismo tan exquisitos, pero era un trabajo, al fin y al cabo, y eso era lo único que importaba en esos momentos de declive. Sus ganancias eran sustancialmente menores y su orgullo herido le escocía como si estuviera en carne viva, pero en definitiva significaba comida, aunque sus habituales exigencias relativas al buen gusto se vieron forzadas a una drástica limitación.

¡Qué se le iba a hacer! Así tiró algún tiempo hasta que, de nuevo, vio aparecer ante ella el fantasma del rechazo. Las palabras fueron distintas, más burdas en esta ocasión, pero no por ello muy diferentes en sentido de las anteriores: tenía que irse, dado que ya no interesaba al público... Y se fue.

En esta ocasión se tomó algún tiempo de descanso, principalmente buscando evaluar las posibilidades que le brindaba el futuro. Sus ahorros le podían permitir un retiro digno, pero apurado; y ella, ciertamente, no se

sentía tan vieja, amén de que se había acostumbrado a un nivel de vida al que no deseaba en modo alguno renunciar. Tenía que continuar, si quiera durante algunos años... Y continuó, si bien a costa de rebajar aún más sus exigencias hasta recalar en un infecto cafetuchito de un barrio de no muy buena reputación; pero algo era mejor que nada, y esto le permitiría, si no ahorrar (el dinero que le ofrecieron no daba para tanto), por lo menos no gastar sus ahorros, reservándolos para su inevitable jubilación.

Cierto que sus pretensiones artísticas se habían ido definitivamente al garete; su nuevo público era de trama gruesa y exigía de ella cosas que, si bien no la sonrojaban (sólo faltaba eso a estas alturas), sí que le desagradaban profundamente. Qué se le iba a hacer. Lo importante, por encima de todo, era comer; y aún podía darse por contenta si se comparaba con otras compañeras de *profesión* de su edad que no habían conseguido pasar jamás de la etapa callejera y que ahora arrastraban sus ajadas carnes por los más sórdidos barrios de la ciudad. Ella podía darse aún por privilegiada, y era plenamente consciente de ello; pero, no obstante, le resultaba enormemente difícil aceptar su declive, cuando no mucho antes se había visto alzada en la cresta de la ola.

Sin embargo, lo peor de todo era la incapacidad real que tenía de satisfacer a sus groseros espectadores; cierto que sabía perfectamente lo que éstos pedían; al fin y al cabo, era lo mismo que le andaba machacando todos los días el pelmazo del empre-

menos sacudido por los vaivenes de la moda que el errático mercado del cine o las publicaciones gráficas. Aunque cuarentona, estaba todavía de buen ver, y no era lo mismo posar para una revista (eso lo hacía cualquiera con un mínimo de *encantos* físicos) que actuar en directo delante del público; ciertamente, esto último no estaba al alcance de cualquiera, lo que le suponía un respiro importante.

No le resultó nada difícil ser contratada por el empresario de un pequeño teatro especializado en espectáculos *picantes*. Aunque para este trabajo no se requerían unas especiales dotes dramáticas, sí era necesaria una cierta dosis de tablas, requisito que Rufi cumplía a la perfección; además hasta cantaba, ni mejor ni peor que tantas y tantas aspirantes a estrellas del disco que pululaban por ahí, con tantas ínfulas como desvergüenza... Rufi, al menos, cobraba un precio razonable, sabía desenvolverse aceptablemente en el escenario y, lo que era más importante, era perfectamente capaz de encandilar a los espectadores. Pasadas brillantemente las pruebas a las que fue sometida, la veterana cortesana comenzó un nuevo capítulo de su carrera, esta vez como *actriz* de espectáculos eróticos.

En contra de lo que pudiera pensarse, Rufi desempeñó brillantemente su cometido, combinando sabiamente el atrevimiento con el buen gusto, mezcla poco habitual en estos ambientes y en la que volvió a estribar, de nuevo, su fulgurante éxito. Apenas

unos meses después pudo permitirse el lujo de rescindir el contrato que la ligaba a la sala de espectáculos, merced a la tentadora oferta que le hicieron los responsables de un local mucho más importante y encoquetado. La fortuna le sonreía una vez más, pero Rufi sabía que la azarosa profesión que en día ya lejano se había visto obligada a aceptar nunca le podría garantizar una vejez tranquila y sin sobresaltos; tenía, pues, que considerar que el futuro, tarde o temprano, vendría a negarle todo lo que ahora generosamente le ofrecía. Cier to que tenía ahorros razonablemente bien invertidos, pero quién sabía lo que podría acontecerle el día de mañana.

Y aconteció. Poco a poco, no de una manera brusca sino en forma de suave declive, pero llegó. Al fin y al cabo Rufi no era de ayer, y la sombra de los cincuenta comenzó a planear amenazadoramente sobre ella. Cier to que se conservaba magníficamente para su edad, pero la lozanía de los veinte y aun la madurez de los treinta quedaban ya muy, pero muy lejos del horizonte de Rufi. Sí, contaba con toda su experiencia y con todo su buen hacer, pero llegó al fin un momento, al cabo de varios años, en el que en su balanza particular el debe rebasó por primera vez al haber.

Comenzó entonces su lento, pero ya irreversible declive. Un buen día, le comunicaron que no podían renovar le el contrato... Tenía que hacerse cargo; el espectáculo iba a menos, el empresario a duras penas conse-

UNA CONFESIÓN ESTIMULANTE

CARLOS SUCHOWOLSKI

Siempre fui como los lobos solitarios. Algo de lo que me congratulo, en especial en estos tiempos de crisis económica y sálvese el que pueda en los que se estaba haciendo tan difícil no ser despedazado por las poderosas cadenas de franquicias, que sobrevivían a costa hasta de sus propios franquiciados. De modo que, acorralado pero dispuesto como pocos a correr con cuanto riesgo fuera necesario, decidí sacar partido de

las nuevas oportunidades que se presentaban. Yo me ufanaba por tener las cualidades que garantizarían el éxito, aunque tanta vanidad acabaría pasándome factura...

Así, apenas los resultados de mi local se dispararon de un modo espectacular, comencé a sentir que me sería imposible guardar el secreto de mi enriquecimiento. Yo era un lobo solitario al que le costaba reprimirse cuando se trataba de mostrar



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES

las garras, y me era muy difícil no contarle a nadie lo hábil que había sabido ser para sobrevivir en este mundo. Debía hallar al menos a un elegido que lo supiese... Un discípulo al que iniciaría, como pensé primero, para descartarlo al rato. No, me bastaría un admirador. Un admirador pasivo, lo que supuse menos peligroso.

De inmediato pasé a estudiar de qué manera escogería a aquel al que le habría de revelar la brillante idea que se ocultaba tras el llamativo nombre de mi bocadillo, del que continuaba día a día ofreciendo nuevas y jugosas variantes mediante el añadido de los más diversos complementos, lógicamente siempre con el mismo ingrediente como base. Era un nombre obviamente críptico pero sugerente, tal vez demasiado sugerente; tal vez la punta visible de mi necesitada confesión...

Pasó de ese modo un año, angustioso —a pesar de los pingües beneficios que se acumulaban contra los costes mínimos de mi sistema—, y ya no pude seguir evitándolo. Así que, apelando de nuevo a mi imaginación, que por lo visto funcionaba mejor en situaciones límite, se me ocurrió organizar un concurso con motivo del primer aniversario. Teniendo en cuenta que siempre podría decir que hasta el día anterior mis clientes habían llegado a ser más de novecientos noventa y nueve mil novecientos catorce (cuenta que nunca se me había ocurrido que valiese la pena llevar) y considerando que cada día, especialmente por las noches, pasaban por mi restaurante de comida

rápida del unos doscientos comensales como mínimo, tendría por objeto premiar al cliente al que le adjudicaría el número un millón con la revelación de mi secreto culinario. El día en que lo decidí lo anuncié mediante dos grandes carteles para esa misma noche, indicando en el texto dónde se encontraría la maquinita expendedora de números que se debían extraer al entrar.

Pero no era yo el único en el mundo en tener una imaginación y una astucia a toda prueba. En este caso, combinadas con una idiosincrasia opuesta en otros aspectos a la mía. Así fue. ¡Nunca me contará, sea por lo que sea, cómo se las arregló ese policía para ser el agraciado!

De todos modos, yo me alegré de que fuera precisamente él. Me pareció —qué quieren que les diga— justo, siendo uno de los clientes más asiduos, a quien veía acudir todas las noches por sistema, y a quien, hasta que se identificó, daba por hecho que repetía y repetía porque mi bocadillo le gustaba, porque no podía prescindir de él ni un solo día... Como, eso sí, me confesó mientras me llevaba hasta el coche, detenido.

¿Debía creerle o fue parte de la trampa? No lo sé. Lo cierto es que, casi desde que inaugurara mi local, él era el encargado de investigar la creciente desaparición de mendigos y ancianos por los alrededores, y por lo visto siempre había sospechado de mí. De modo que cuando se lo conté, por haberlo merecido, al menos formalmente, ya no pudo

de Franco, con la apertura moral y de costumbres que acompañó a la llamada *transición política*, tendría lugar un cambio radical en la vida de la buena de Rufina. Tímidamente al principio, y de una manera más decidida después, comenzaron a aparecer los primeros productos de una industria erótica que era por primera vez legal en España, después de varias décadas de rigurosa (e hipócrita) censura. Rufi, que había alcanzado ya esa edad que los hombres califican de *madurita* y que comenzaba a sufrir seriamente la competencia de sus colegas más jóvenes, vio rápidamente cómo esta nueva puerta que se le abría podría llegar a suponer una nueva etapa de jugosos y cómodos ingresos sin, como quien dice, tener que mover un solo dedo; así que, imbuida por la audacia de los precursores, no se lo pensó dos veces y se fue a entrevistar con el director de una publicación entonces recién fundada.

Fue aceptada, y muy pronto su cuerpo desnudo y sensual dejó de ser privilegio de unos pocos para pasar a ser gozado, siquiera visualmente, por decenas, quizá centenares de miles de españoles. Su éxito fue rotundo, lo que —sumado al auge que experimentaba un sector desbordado completamente por el hambre de sexo que embargaba entonces al país— convirtió rápidamente a la sagaz Rufi en una estrella del naciente erotismo español. Revistas y películas, aun las más osadas, dieron cobijo en sus páginas y en sus fotogramas a una desinhibida Rufina, para la que tan sólo existía un límite que aplicaba a rajatabla:

el buen gusto, ese concepto tan resbaladizo y sutil, que no obstante marca nítidamente la frontera que separa al arte de la burda grosería.

Pero, como suele ocurrir en casi todos los casos, pasados algunos años le comenzó a resultar extremadamente difícil continuar manteniéndose en la cresta de la ola. ¿Las razones? En primer lugar, el sarampión erótico comenzó a remitir, tras los primeros años de euforia; muchas revistas comenzaron a cerrar y otras, las más, se pasaron con armas y bagajes a la pornografía más soez, buscando desesperadamente a su público entre las capas más vulgares de la población masculina. Las revistas de calidad, por último, eran en su mayor parte propiedad de cadenas multinacionales e importaban directamente el material gráfico de sus casas matrices radicadas en otros países; y en cuanto al cine, la situación era aún peor.

Si a todo esto sumamos el hecho de que los gustos de la gente —digamos— corriente, se enfocaron a su vez bien hacia la morbosa contemplación de actrices y cantantes famosas (aunque sesentonas y celulíticas la mayor parte de ellas), bien hacia jovencitas lozanas de dieciocho o veinte primaveras (con las cuales, hay que reconocerlo, a su edad le era ya casi imposible competir), no será muy difícil llegar a la conclusión de que a la pobre Rufina le urgía, una vez más, replantearse de nuevo su actividad profesional.

Su salvación estuvo en esa ocasión en el mundo del espectáculo, mucho

encima de todo, esto era lo más importante.

No, no se puede decir que Rufina tuviera el menor interés en cambiar de vida, aunque sí que se planteó seriamente el mejorarla. No había tardado mucho en descubrir que dentro de ese opaco mundo había muchos niveles y ella, que se había visto forzada a comenzar por el escalón más bajo, intentó —desde el mismo momento en que pudo— subir todos los peldaños posibles. Así, su primera decisión en este sentido fue la de emanciparse de su primer chulo, el dueño de la pensión, cosa que realizó al tiempo que buscaba otro alojamiento más acorde con su nuevo estado social. Inteligencia no le faltaba a la buena de Rufi y belleza corporal tampoco, por lo que no le fue demasiado difícil comenzar a escoger a sus clientes a partir de clases sociales más selectas que aquellas a las que pertenecían los pobres miserables que habían marcado sus primeros pasos dentro de su ya definitiva *profesión*.

Quien la hubiera conocido en sus años de moza casadera en el pueblo, quien la hubiera tratado más tarde durante su etapa de criada provinciana, no la asociaría, sin duda, con la refinada profesional en que se había convertido Rufi (su diminutivo familiar, ahora convertido en nombre de guerra) en el plazo de tan sólo unos años. Y, ciertamente, tan sólo el inconveniente de carecer de todo tipo de estudios le había impedido ascender a lo más alto de la cúpula de su *profesión*; dicen que todas las personas nacemos con un conjunto

de aptitudes personales que sólo en algunos casos pueden llegar a verse cristalizadas y reflejadas en forma de éxito social o simplemente profesional; y, aunque quede mal decirlo, era evidente que Rufi había nacido para ello.

Sólo una cosa, ciertamente importante, había venido a perturbar su vida: la muerte de su hijo, apenas a los tres años de edad, víctima de una tuberculosis que los médicos no supieron atajar a tiempo. Irónicamente, el obstáculo que le había impedido retornar a su anodino trabajo de criada había desaparecido en un momento en el que Rufi tenía completamente claro que jamás volvería a ser criada de nadie... Pero así eran las cosas, y así había que tomarlas.

Por lo demás, Rufi fue labrándose poco a poco un nombre en el difícil y subterráneo mundo por el que había acabado moviéndose, todo —hay que reconocerlo— como un pez en el agua. Sin llegar a la sofisticación exquisita, que sólo quedaba al alcance de unas cuantas elegidas, Rufi hacía mucho que había abandonado el sórdido mundo de las esquinas y los chulos patibularios para alcanzar un cómodo estatus en el que su clientela, procedente fundamentalmente de la clase media o media acomodada, nunca llegaba a faltarle ni nunca la abrumaba a causa de lo elevado de su número. En definitiva, prescindiendo de prejuicios hipócritas que hacía mucho que ella había abandonado, Rufi vivía francamente bien.

Allá por la segunda mitad de los años setenta, justo después del fallecimiento

continuar postergándolo durante tiempo y, aunque lamentara, como me confesó al oído, quedarse sin aquellos extraordinarios bocadillos míos, me detuvo, eso sí, deshaciéndose en disculpas...

¡Ja, ya decía yo que no me había equivocado, que el negocio —si no fuera por las leyes y los pruritos instituidos que se imponen a los emprendedores a pesar del cacareo de que

se los quiere ayudar— habría prosperado hasta límites impredecibles...! ¡El propio policía, mi cliente un millón, lamentaría no volver a saborear la carne de mi bocadillo! Lo miré con una sonrisa de agradecimiento y de satisfacción y le prometí que, cuando saliera de la cárcel, lo intentaría de nuevo.

© CARLOS SUCHOWOLSKI, 2011.

CARLOS SUCHOWOLSKI
(Argentina —Mendoza, 1948—)

Desde 1976 vive en España y en 1984 se estableció definitivamente en Madrid. Fue informático y desde 1992 se dedica a la venta de equipamiento digital.

Publicó sus primeros relatos en periódicos de Mendoza, Argentina, por uno de los cuales ("Pupillage") obtuvo el tercer premio en el concurso organizado por el diario "Mendoza" en 1968, en el que MARCO DENEVI actuó como jurado.

Escribió dos obras de teatro infantil y en 1988 resultó finalista en el concurso internacional de cuentos que organizó la editorial Ultramar, con el cuento "El pico en su sitio..." (ahora "Comer con el pico y batir las alas hasta que haya máquinas en el cielo"), que se publicó por vez primera en la antología *La fragua y otros inventos*, de la mencionada editorial.

Publicó cuentos y microcuentos en revistas impresas y electrónicas como **Black Hole**, **Sinergia**, **Artifex**, **Axxón**, **Químicamente impuro** y **miNatura**. En 2007 se editó su novela *Una nueva conciencia*.

Fue traducido al flamenco y al búlgaro, integrando una antología publicada por el Congreso de Ciencia Ficción y Fantasía de Sofía del año 2009.

Administra la ciberbitácora "Una botella llena de luciérnagas", con sus relatos y microcuentos (<http://botellallenedeluciernagas.blogspot.com/>).

FUGA DE CAPITAL

YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET

Gilberto mira el reloj. Ha pasado casi una hora desde que le inyectó la droga al “paciente”. Según sus cálculos, en cualquier momento debe despertar con la percepción temporal interrumpida, requisito indispensable para efectuar la transferencia de conciencia. Los pocos casos en los que ese paso se ha obviado han terminado con la aniquilación de la personalidad trasplantada. Algo inaceptable, por supuesto.

Pasa la vista por la habitación en penumbras, que semeja una cripta a salvo de cualquier irrupción del exterior. Una sensación equivocada, como bien sabe. La operación es altamente riesgosa. En este periodo hay muchos agentes de la patrulla temporal estadounidense, y pueden localizarlos en un golpe de suerte, ocasionándoles un fracaso que provocaría tantos desastres en el futuro que prefiere no pensar en eso.

Es cierto que el último informe de contrainteligencia asegura que la infiltración en las filas de la patrulla temporal brinda la cobertura suficiente, pero jamás puede excluirse un error. Vuelve a mirar el reloj; afuera escucha los pasos del secretario del señor Robert, nervioso por participar en una operación ilegal de este calibre, aunque su pago es bueno: información de primera mano de los sitios a salvo de las bombas nucleares que en unos años reducirán a cenizas la mayor parte del planeta.

Justo entonces, Robert Glaver se mueve en la cama y recupera el conocimiento. Cuesta imaginar que ese anciano moribundo sea el fundador de Destiny Investment, el mayor consorcio militar del país, creado en la segunda década del siglo XXI. Robert se agarra a los bordes de la cama, estrujando la sábana, y sus ojos

litaba precisamente las cosas en una ciudad que, aunque grande, continuaba siendo extremadamente puritana, al menos en los círculos sociales en los que se podía encontrar una colocación de este tipo.

Varios meses después, la situación comenzó a agravarse preocupantemente. Sus ahorros, aun sumados al dinero proporcionado por sus antiguos señores, no alcanzarían a durar demasiado, máxime teniendo en cuenta el gasto adicional que le producirían tanto el parto como la posterior crianza de su hijo. Y lo peor de todo era que cada vez veía más claramente la dificultad de encontrar trabajo en sus circunstancias particulares. Maldijo a su seductor, y maldijo también al fruto que llevaba en sus entrañas; pero esto no le solucionó su problema.

Por una ironía del destino el parto coincidió con la desaparición de sus últimos ahorros. Y, cuando volvió a la pensión que era su único hogar, con su hijo recién nacido como único patrimonio, se encontró con un nuevo dilema: el de pagar comida y alojamiento con un dinero del que carecía por completo. El dueño del establecimiento se mostró comprensivo, pero al mismo tiempo inflexible. Sí, comprendía perfectamente su problema y le gustaría ayudarla, pero había que tener en cuenta que su negocio apenas le daba para vivir y que no podía permitirse el lujo de regalar cama y comida siquiera a una sola persona. Claro que, bien pensado, si ella quisiera, quizá podrían llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Aun con toda su repugnancia, Rufina aceptó. ¿Qué otro remedio le quedaba? Al fin y al cabo, el dueño de la pensión no era muy exigente y se conformaba con poco; y ella, por su parte, tenía así garantizados tanto el alojamiento como la manutención. Tarde o temprano conseguiría un trabajo y podría acabar con esta humillación no por necesaria menos desagradable.

Pero pasaron los meses y Rufina siguió sin encontrar el tan deseado trabajo. Un buen día, su patrono le sugirió que le hiciera un *favorcillo* a un amigo suyo que se encontraba muy alicaído; la recompensa era sustanciosa y en metálico, y Rufina acabó aceptando no por ella, como se repetía una y otra vez, sino por su hijo, que arrastraba desde hacía tiempo una infección, para la que los médicos le recetaban un caro antibiótico.

Semanas después fue otro *amigo* el que requirió sus servicios, previo pago también en metálico. Y, aunque su hijo ya había sido curado con el antibiótico, Rufina no pudo decir que no; era tan poco lo que le pedían, y tanta la recompensa...

Pasados algunos años, Rufina no se planteaba ya el menor escrúpulo a la hora de ganarse la vida. Al fin y al cabo había encontrado *trabajo*, un trabajo que le rendía mucho más dinero del que jamás hubiera podido ganar sirviendo de criada en una casa cualquiera de Madrid y, ciertamente, de una manera mucho más cómoda, una vez que se prescindía de los aspectos morales. Su hijo vivía aceptablemente bien gracias a eso y, por

su vientre. Podía ser ingenua e inexperta, pero en modo alguno cabía tacharla de cobarde; así que, afrontando con entereza la penosa cuesta arriba en la que repentinamente se había transformado su vida, decidió dejarse llevar por el más fuerte de todos los instintos heredados por la humanidad de sus antepasados animales: el de supervivencia.

Sin embargo, no todo iba a ser tan fácil como pensaba. La ciudad era pequeña y los círculos de amistades en los que se había movido (fundamentalmente criadas como ella) eran un hervidero de cotilleos, en los que se despellejaba inmisericordemente, y no por cierto de una manera puramente metafórica, a todo aquel que tenía la mala suerte de caer en desgracia. Huelga decir que la pobre Rufi fue elegida rápidamente como víctima propiciatoria por parte de sus antiguas amigas, hasta el punto que se vio obligada a huir de aquellas arpias, que hubieran gozado probablemente de haber podido arrancarle los ojos.

No le quedaba, pues, otro remedio que volver a su pueblo, y hacia allí encaminó sus pasos, para encontrarse tan sólo con una nueva decepción: las dos únicas personas que hubieran podido ayudarla a superar su difícil trance no estaban ya en disposición de hacerlo. Con su madre postrada en cama, aguardando pacientemente la muerte, y su hermano mayor recién emigrado a Europa, Rufi vio cómo sus últimas esperanzas se derrumbaban sin remedio, mientras el resto de los miembros de su numerosa familia, hermanos incluidos, la

miraban no ya como a una intrusa sino como a una cualquiera.

Humillada como nunca creyó que pudiera llegar a estarlo, Rufi huyó de aquel pueblo maldito buscando, si no la salvación, al menos el descanso del olvido en el único lugar que le parecía maravilloso, aun cuando sólo lo conocía por referencias vagas e indirectas: Madrid, la mítica capital de España, que a ella se le antojaba en aquel momento como el sùmmum de la prosperidad. Y, cuando se apeó de un vagón de tercera en la para ella inmensa estación de Atocha, ignoraba por completo que no hacía sino seguir los pasos de todas aquellas infortunadas chicas de provincias que, deseando rehacer sus vidas o simplemente encarrilarlas en pos de un futuro mejor, tan sólo habían conseguido hundirse en la vorágine devoradora de la gran e inhumana metrópoli. Aunque aún lo desconocía, su calvario, lejos de concluir, no había hecho sino comenzar.

Esta etapa de su vida habría de ser tan convencional, aunque ella entonces no lo sabía, que bastaría con unas breves pinceladas para reflejarla. Alojada en una mísera —pero barata— pensión situada no demasiado lejos de la estación de Atocha, Rufina se preparó para afrontar los dos problemas que la acuciaban en aquel momento: la búsqueda de un trabajo con el que ganarse la vida, y la preparación para un parto que cada vez se presentaba más próximo. Ninguna de las dos cosas se presentaban como fáciles: Rufina no sabía sino servir, y su ya evidente embarazo no le faci-

se empeñan en aferrarse a los de Gilberto.

—¿África? —pregunta en un inglés entrecortado.

Gilberto suspira. Siempre es igual; de pronto se les desdibuja la realidad que los produjo y necesitan escuchar detalles del mundo al que irán. Detalles que, según los psicólogos, les permite salvar el vacío entre épocas. Algunos, incluso, exigen una descripción exhaustiva del nuevo mundo, como si la muerte fuese un empleado o sirviente al que pueda hacerse esperar.

—Señor Robert —dice en voz baja—. El proceso sólo puede aplicarse en un periodo de tiempo muy limitado.

—Por favor —implora el otro, y se le queda mirando hasta que Gilberto suspira y asiente, comprensivo.

—¿Qué quiere saber? —pregunta.

—¿África? —insiste el moribundo.

—Pues más o menos igual —responde, y por un momento libera sus ojos de los del yaciente—. El imperio Kanem-Bornua y el reino del Congo pelean desde hace años por los límites territoriales y no tienen para cuándo acabar. Neosudáfrica se ha venido abajo con el desplome del mercado del oro, y el éxodo de bantúes, zulúes y xhosas desplazados de sus antiguos países por los ajustes de cuentas étnicos. El caos es total.

—Por Dios. ¿Y los europeos qué hacen al respecto?

—Como usted sabe —reprocha, veladamente—, siguen expulsando a los africanos que se aventuran más allá del estrecho de Gibraltar. Buena parte de su economía se dilapida en

el mantenimiento de la Muralla Gibraltariana y el pago a los miembros de la fuerza de elite encargada de su protección.

—¿No han aprovechado el caos africano para introducirse allí?

—Aunque quisieran, no pueden. El esfuerzo de la eliminación de los adeptos a las derivaciones del nacionalsocialismo, a principios del siglo xxii, destruyó la Unión Europea, dejando a los europeos indefensos ante la inmigración ilegal. Los remanentes más importantes de la Unión (la Liga Vaticana, el Grupo Nórdico y la Alianza Eslava) lideran una iniciativa defensiva centrada en establecer un férreo control sobre sus fronteras, apelando a una estricta política de no injerencia en otros continentes. Además, recuerde que deben luchar contra el flagelo de las maras.

—¿Las maras?

—Sí. Como ya le dije, la Federación de Países Centrolatinoamericanos deportó a fines del siglo xxi unos diez mil mareros a Italia, como parte de un acuerdo comercial que pretendía emplearlos como fuerza de trabajo forzado. Ya había sido aplicado con presos provenientes de las mafias esclavas y arias y dejaba buenos dividendos. Sin embargo, los mareros recién llegados, junto a los que ya estaban en España, lograron hacerse fuertes en el territorio italiano, y se expandieron por todo occidente. Eso originó que otros cuarenta mil mareros, esta vez por sus propios medios, emigraran a Europa. Ahora son la mafia dominante en el viejo continente, y dirigen el negocio de las incursiones ilegales a las zonas radiactivas

de las antiguas Europa oriental, Arabia, Asia y Oceanía.

—¿Asia? ¿Pero Japón sigue siendo una potencia?

—Sí. Salíó de la última guerra con ímpetu renovado. Se apoderó de enormes territorios, en el pasado pertenecientes a las extintas China, Vietnam y Corea.

—¿Representa un peligro para nosotros?

Gilberto sonrío.

—No, señor —responde en tono bajo—. Nuestro país salió bastante bien librado de la Tercera. Muy pocas zonas fueron afectadas y ahora estamos completamente recuperados, en gran medida debido al aporte de hombres como usted.

Robert no reacciona a la lisonja, ocupada su mente en capturar la imagen del mundo futuro.

—¿El Caribe? ¿Cuba? —indaga.

—Sumergido en su mayor parte. Lo que quedó de Cuba se convirtió en Pinar Cuba y Baracoa Cuba. Viven en una perenne guerra civil. Presa fácil para las incursiones de los descendientes de dominicanos y puertorriqueños.

—¿Los haitianos?

—Extintos, señor. Demasiadas ayudas solidarias fallidas.

—¿América del Sur?

—Devastada, como bien sabe. Las zonas descontaminadas están bajo el control de los indígenas. Poseen las antiguas Bolivia, Venezuela, Chile y Colombia. Regímenes crueles, señor; en el último tercio del siglo xxii el tiro al blanco fue el deporte nacional de esos países. Pero les queda poco tiempo de desenfreno; durante el pró-

ximo siglo los meteremos en cintura mediante un ejército de guerreros clonados, magníficos ejemplares.

—¿Y esos jodidos mexicanos? —pregunta de súbito.

—Irreconocibles, señor.

—Así que lo único bueno es Estados Unidos —afirma, casi sin aliento.

—Sí, señor.

Robert sonrío, y le tiende su mano derecha.

—Gracias, amigo mío. Puede usted proceder.

—No, gracias a usted, señor. Mi presente es el futuro que hombres como usted hicieron posible.

Robert sonrío una vez más y cierra los ojos. Gilberto toma un cilindro de metal y lo coloca en torno del cráneo del moribundo. Manipula unos controles y una luz verde se enciende, comenzando a titilar. Cuando el color se torna rojo, los brazos de Robert caen inertes. Gilberto los toma y se los pone sobre el pecho, luego recupera el cilindro y sale de la habitación.

—¿Y bien? —pregunta el hombre que espera fuera.

—La transferencia ha sido un éxito. Para el mundo, Robert Glaver, fundador y presidente de Destiny Investment, ha muerto en paz, a las doce de la madrugada de este día 27 de enero de 2084.

—Perfecto, señor William —dice el hombre y señala a siete cajones enormes en el centro de la habitación—. Allí está su pago y el dinero propiedad del señor Robert. ¿Desea revisarlo?

—Por favor —replica Gilberto y niega con la cabeza—. Si algo no

era mujer, y se suponía que las mujeres sabían cómo solucionar estas cosas; además, añadió por último, para desesperación de la atribulada Rufi, ¿cómo podía saber él que el fruto del pecado era suyo y no de otro?

Peor aún fue la reacción de sus señores, los padres de Joaquinito; no tan brusca, quizá, como la de su malogrado amante, pero sin duda mucho más cruel, incluso para una sensibilidad tan embotada por la falta de uso como era la de Rufi. A la inicial incredulidad dio paso un monumental soponcio de la señora, continuado automáticamente por una explosión de ira fría por parte del señor. Ciertamente que Rufi apenas se enteró de buena parte de los sutiles conceptos que emplearon sus educados señores, pero la esencia del tema estaba clara: no sólo habían llegado a la conclusión de que Rufi mentía descaradamente (el felón de Joaquinito, huelga decirlo, había puesto a todos los santos por testigos de su inocencia al ser llamado a capítulo por sus severos padres), sino que también dedujeron en buena lógica que la moza, además de deshonesto, pretendía sacar partido de sus propias flaquezas a costa de un ingenuo y casto joven y de su intachable familia.

Estaba en juego, pues, algo tan importante como la propia e impoluta honra de la casa, lo más sagrado de entre todo el importante surtido de valores cristianos de que gozaba. La cuestión era muy seria; tanto, que sólo disponía de una única solución:

la marcha voluntaria de la pecadora a un lugar lo suficientemente alejado como para impedir la mancha de la casa. Y, aunque a Rufi esto le sonaba a expulsión inmediata, no le cupo otra solución que la de acatar el veredicto puesto que, a cada protesta suya, se incrementaban proporcionalmente el disgusto de la señora y la gelidez de su esposo. Un sexto sentido le advertía de la conveniencia de guardar silencio y aceptar un castigo que ella estaba razonablemente segura de no merecer, por lo que a la postre capituló sin condiciones, a la espera de algún gesto de magnanimidad por parte de sus jueces y censores.

Y el gesto llegó. Claro que éstos no podían volverse atrás en su veredicto, eso tenía que comprenderlo, pero dado que una de las más preciadas virtudes cristianas era la del arrepentimiento, y Rufi había dado evidentes muestras de contrición, harían todo lo posible por suavizar la precaria situación económica en que quedaba su antigua criada, no tanto por ella sino por el inocente fruto del pecado que habría de nacer meses después. Eso sí, con la ineludible condición de que Rufi jurara solemnemente no volver a poner los pies en aquella casa ni intentara molestar a ninguno de sus habitantes, en especial al pobre Joaquinito, que bastante tenía ya con sus dificultosos estudios.

Así fue como Rufi se vio de pronto de patitas en la calle, sin más bagaje que su modesto equipaje, una regular cantidad de dinero en el banco y una nueva vida pugnando por crecer en

duda su mayor impresión vino dada por el viaje en coche —el primero de toda su vida— con que la obsequiaron sus nuevos señores que, gentilmente, habían ido a recogerlos a la estación.

Y de allí a la casa, un auténtico palacio para una atribulada Rufi que descubriría, también por vez primera, lujos asiáticos tales como un cuarto de baño completo o, simplemente, una calefacción central. Por lo demás, los señores de Rubio resultaron ser tremendamente cariñosos y comprensivos, esforzándose además en intentar romper un hielo que no existía más que en la obnubilada mente de la pobre Rufi. Su tarea, le explicaron, sería sencilla y descansada, pues el matrimonio vivía solo en la casa, excepto cuando Joaquinito (hijo único, por cierto) volvía de vacaciones a la casa paterna. En cuanto a sueldo y condiciones de trabajo, algo que a Rufi no se le hubiera ocurrido siquiera discutir, suponían ambos tal mejora con respecto a las míseras condiciones de vida del recién abandonado pueblo, que semejaban de hecho ser lo más parecido a Jauja para alguien acostumbrado a trabajar de sol a sol sin más remuneración —cuando la había— que una insuficiente pitanza.

Pasaron los meses y Rufi se fue acomodando poco a poco a su nueva vida con esa facilidad que proporcionan los tránsitos de peor a mejor. Acostumbrada a las rudas tareas del campo, sus obligaciones como criada no podían parecerle sino un descansado regalo; y, por lo demás, sus señores la trataban si no como a una hija

—eso hubiera sido impensable para el rancio matrimonio—, sí como a una allegada, lo cual revestía especial importancia para la pobre muchacha, habituada como estaba a unas relaciones humanas mucho menos sofisticadas y agradables.

Al fin llegó el verano, y con él vino a la casa Joaquinito, el hijo de los señores, recién acabado con más pena que gloria el curso correspondiente a sus estudios de derecho; y, aunque Rufi ni siquiera lo sospechaba entonces, fue allí donde comenzó su calvario, un calvario precedido por una fugaz y a la postre amarga felicidad. Joaquinito era amable y simpático, y siempre bromeaba con ella tratándola con una familiaridad de la que jamás habían hecho gala sus padres. Rufi, por su parte, era joven e inexperta y... Bien, ocurrió lo que tantas veces se ha relatado de las relaciones entre el señorito y la criada. Lamentablemente, Rufi tuvo la mala suerte de quedar embarazada a los pocos meses de iniciado su secreto romance; lo que le sirvió para abrirle los ojos ante el mundo de una manera tan cruel como efectiva.

Joaquinito, tan dulce y cariñoso hasta entonces, se reveló como una persona completamente distinta a la que ella había conocido hasta ese mismo momento. Hosco hasta la desesperación, se negó a compartir con Rufi un *problema* que, según él, era exclusivamente suyo; además, él tenía que volver a Madrid para continuar con sus estudios de derecho, por lo que ni tan siquiera podía retrasar en unos días su marcha. Ella

lo encontrásemos como debe, ya nos encargaremos de corregirlo desde allá. ¿Entiende?

El hombre asiente, tembloroso.

—Por supuesto. Le agradezco que haya acudido.

—No se preocupe. El negocio es el negocio —responde, y desaparece, reapareciendo en una habitación circular gigantesca, atestada de personas.

—Hora de llegada —informa un altavoz en perfecto español—, 15 horas del 20 de setiembre de 2329.

Gilberto desciende del cronorreceptor y señala las cajas a uno de los que salen a recibirlo.

—Eres el séptimo arribo exitoso del día —le dice el hombre, y mientras se agacha a revisar las cajas indaga—: ¿Te topaste con algún agente enemigo?

—Sólo con los nuestros. El trabajo de infiltración sigue siendo un éxito. Nadie sospecha lo que pasa. ¿Y por aquí?

—Tampoco.

Gilberto le entrega a un técnico el equipo de captura de conciencia.

—Trátalo con cuidado —le advierte—. Es nada más y nada menos que Robert Glaver, presidente de Destiny Investment.

—No te preocupes. ¿Te llamo para que veas su despertar?

—Claro. Quiero ver cómo recibe la explicación de cómo es nuestro mundo y su contribución a él.

El técnico ríe y se aleja.

—Estoy molido —agrega Gilberto—. En mala hora aceptamos esta misión. Cada millonario yanqui a punto de morir cree que puede comprar una vida en nuestro tiempo.

—No protestes tanto —le reprende el hombre que revisa el contenido de la caja—; a fin de cuentas, la idea de que podían comprar una segunda vida fue nuestra.

Gilberto asiente y mira hacia una zona de la habitación, donde resplandece un gigantesco mapamundi.

—¿Somos más grandes? —lo interpela el hombre.

—Pues sí. Con un par de millonarios más que transfieran sus fortunas a esta época, esa mierda de país acabará de desaparecer.

Y fija la vista en la sección donde los Estados Unidos de América ha quedado reducido a una fina franja entre los Estados Mixtos Mexicanos —casi al triple de su tamaño, en comparación con el siglo XXI— y el inalterado Canadá.

—Por ahora, cuate —dice, y sale de la habitación.

© YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET, 2011.

YUNIESKI BETANCOURT DIPOTET
(Cuba —Yaguajay, Sancti Spiritus, 1976—)

Sociólogo y profesor universitario residente en La Habana, colaboró en **Axxón**, **La Isla en Peso**, **La Jiribilla**, **Cubaliteraria** y **miNaturaleza**.

En **NM** publicó “Cuentapena” (# 17) y “Cuestión ideológica” (# 20).

RUFINA

JOSÉ C. CANALDA

Rufina García López no debía su nombre a ninguna casualidad, sino a la bien prosaica circunstancia de haber venido a este mundo un 19 de julio de hacía ya bastantes años; sus padres, respetando la tradición secular que imperaba en su tierra, habían decidido bautizarla con el nombre de una de las dos santas patronas de Sevilla cuya onomástica se celebraba precisamente en aquella fecha. Ciertamente había nombres peores; al fin y al cabo, ella había podido recurrir al socorrido diminutivo familiar de *Rufi*, al menos mientras su horizonte tuvo por todo límite la cercana alameda que separaba —en todos los sentidos— su pueblo de la vecina localidad que se encontraba tras ella.

Cosa distinta había sido cuando, a sus veinte años recién cumplidos, Rufina decidió repentinamente cambiar de aires. La vida en el pueblo era real-

mente frustrante incluso para alguien que, como ella, jamás se había aventurado algunos kilómetros más allá del caserío; y es que, aunque Rufi nunca llegó a demostrar unas inquietudes superiores a las requeridas para ser una aceptable ama de casa en un perdido poblachón de la mitad meridional de España, no por ello dejó de apreciar claramente que los mozos que partían del pueblo para cumplir el servicio militar, o bien no volvían ya salvo de visita o, si lo hacían, llegaban tan cambiados que poco o nada podía hacer la ingenua y casadera Rufina por atraerlos con sus limitadas y pueblerinas mañas.

Por si fuera poco, su situación familiar distaba mucho de ser halagüeña. Fallecido su padre dos años atrás y siendo ella la tercera de siete hermanos (la segunda chica y la primera soltera), poco podía hacer no

ya por contribuir al sostenimiento de la frágil economía familiar, sino siquiera a su propia subsistencia. Así pues, cuando su hermano mayor volvió licenciado del servicio militar contando maravillas de la capital, esa capital que Rufina jamás había llegado a visitar, ésta le preguntó acerca de la posibilidad de colocarse a servir en la casa de alguna familia necesitada de lo que entonces todavía se llamaba *criada*.

Su hermano tenía contactos con antiguos compañeros de cuartel, algunos de los cuales (¿quién dijo que el Ejército era clasista?) provenían de familias de clase acomodada. Recurriendo a ellos antes de que el tiempo se encargara de enfriar estas efímeras amistades, ambos hermanos pudieron llegar al fin a un acuerdo con los padres de un tal Joaquinito Rubio, un chico muy listo que había sido cabofurriel en la compañía del hermano de Rufi y que ahora, retornado a la vida civil, estudiaba en Madrid para ser abogado como su padre. Casualmente su criada se había despedido hacía apenas un mes para casarse con un viajante de comercio, y desde entonces sus padres habían estado buscando una sustituta. Sí, cierto que había muchas donde escoger... Pero ellos querían alguien de confianza. Con Rufi no había problema; Joaquinito conocía bien a su hermano y medió ante sus padres hasta conseguir que fuera precisamente ella la elegida.

Hay circunstancias que suponen un cambio transcendental en la vida de las personas, y esto fue precisamente

lo que le ocurrió a Rufi. Años más tarde recordaría nítidamente la escena con una mezcla de compasión y nostalgia: la vieja maleta repleta con sus escasos enseres, su familia despidiéndola —principalmente su madre— con lágrimas en los ojos, su hermano acompañándola en éste su primer viaje digno de tal nombre, el Tío Colás sentado pacientemente en el pescante de su destartado carro, único vehículo disponible en el pueblo para llegar hasta la más cercana —cuarenta kilómetros— estación de ferrocarril...

Y luego el tren, un traqueteante y lento correo que habría de parecerle a la ingenua Rufi —que viajaba, por supuesto, en tercera— el *súmmum* de la modernidad. Ella, que hasta entonces sólo había montado en boricua y, excepcionalmente, en el carro del Tío Colás, se sentía ahora transportada en las rápidas alas —bastante duras, eso era cierto— del mismo viento.

La llegada a la capital, una pequeña población enquistada en pretéritas centurias y que, como tal, gozaba de casi todos los vicios y carecía de la práctica totalidad de las presuntas virtudes que siempre se le han supuesto a las cabeceras provinciales, supuso para la intrépida viajera, no obstante, la más excitante de las experiencias jamás disfrutadas a lo largo de su hasta entonces anodina vida. Todo era nuevo para ella: los automóviles —escasos, pero existentes—, el bullicio relativo de las calles, los modestos escaparates de las tiendas... Todo, en suma; aunque sin